EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

LA CAMPANA MILAGROSA

Drama lírico en tres actos y en verso

ORIGINAL DE

MARCOS ZAPATA

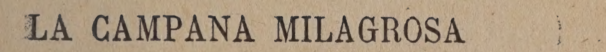
MÚSICA DE LOS MAESTROS

MARQUÉS Y G. CATALÁ

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID
FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR
(*Sucesor de Hijos de A. Gullón.*)
PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS,—2—2.°

1892



LA CAMPANA MILAGROSA

LA CAMPANA MILAGROSA

Drama lírico en tres actos y en verso

ORIGINAL DE

MARCOS ZAPATA

MÚSICA DE LOS MAESTROS

MARQUES Y G. CATALA

Estrenado en el TEATRO-CIRCO DE PRICE el 3 de Marzo de 1888.

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID
IMPRENTA DE JOSÉ RODRÍGUEZ
ATOCHA, 100, PRINCIPAL

1892

PERSONAJES	ACTORES
LUISA	SRA. RUIZ.
FERNANDO	SR. PALOU.
BALTASAR	» JIMENO.
ENRIQUE	» DELGADO.
ROBERTO	» GONZÁLEZ.
GREGORIO	» BARRENAS.
UN MAGISTRADO	» GANGA.
UN MARINERO	» SUÁREZ.

Pescadores y Aldeanos de ambos sexos.

La acción en un pueblecillo del Golfo de Nápoles.
Época, fines del siglo XVIII.



Derecha é izquierda, las del actor.

AL SEÑOR

DON BRUNO LÓPEZ DE CALLE

SENADOR DEL REINO

En testimonio de respeto y particular consideración.

El Autor.

ACTO PRIMERO

Una aldea en la costa del Golfo de Nápoles. Al fondo el mar, cerrado por una playa estrecha, baja y arenisca y sobre la arena una roca pequeña que puede servir de banco. Esta playa se irá elevando y acantilando gradualmente hacia la derecha, hasta perderse de vista. Al mismo lado, ocupando parte del escenario, formando ángulo en sentido diagonal y desde su primer término, una magnífica casa de silleria con balcones en el piso principal y grandes ventanas enrejadas en el bajo, una de ellas practicable, y al pié de esta ventana un banco de piedra, con respaldo, empotrado en la esquina del edificio. A la izquierda, una agrupación pintoresca de caseríos al estilo napolitano. A lo lejos y á la izquierda del espectador, la ciudad de Nápoles en perspectiva. La acción del drama comienza en una mañana de Junio. Al levantarse el telón, aparece Baltasar en medio de un Coro formado de pescadores de ambos sexós.

ESCENA PRIMERA

BALTASAR y CORO GENERAL

MUSICA

CORO. (A Baltasar, con viveza y ansiedad.)
¡Nadie por aquí
ver consigue un pez!...

¿Quién prospera así
con tal escaséz?...
Vos que sois del mar
tan conocedor...
¡señor Baltasar,
hablad por favor!

—

BALT. ¡En el Golfo de Nápoles
(Con sonrisa burlona.)
echáis la red!
¿cuándo os váis, cándidos,
á convencer...
que los peces italianos
saben latín, saben latín?
¡Y si son napolitanos
más que Merlín, más que Merlín!

—

CORO. ¡Que los peces italianos
(Sonriendo también.)
saben latín, saben latín,
y si son napolitanos
más que Merlín, más que Merlín!

—

BALT ¡Puede además
(Marcando las palabras.)
en mi opinión,
¡haber quizás
otra razón!...

—

CORO. (Sin comprender el concepto.)
¿Haber quizás otra razón?...

BALT. (Con solemnidad y tono algún tanto exagerado.)
¡La maldición
de Satanás!

—

CORO. ¡Jesús, Jesús!...
(Retrocediendo y persignándose.)
¡Callad... callad!

—

BALT. ¿Lo dudáis tal vez?
¿No dáis en el quid?
Pues ¡clara, pardiéz

la razón oíd!

—

(Con entonación tierna y mística.)
Del Cristo milagroso
que en gruta de cristal
formó naturaleza
con lágrimas de sal,
veinte años á sú lado
viviendo hace que estoy,
¡veinte años que limosna
pidiendo por él voy!
Y de día en día
(Con creciente amargura.)
me convenzo más,
que del bien se encuentra
seco el manantial.
¡Que en completo olvido
se halla el Redentor,
y que se abre al diablo
vuestro corazón!

—

CORO. ¡Ah, yo no me olvido
(Con miedo supersticioso)
de mi Redentor,
siempre ha sido objeto
de mi devoción!...
(Sacando cada cual de su faltriquera una moneda de cobre,)
Ahí va mi limosna,
que aunque pobre soy...
¡quiero echar al diablo
de mi corazón!

—

BALT. (Con júbilo y mientras recoge la limosna en una pequeña bolsa de cuero.)
¡Gracias, muchacho!
¡Niñas, muy bien!
¡Oh, qué gran día
váis á tener!
¡Yo os pronostico
pesca felíz,
que Dios os guía

y Él está allí!
(Transición y con tono y actitud de reconocimiento.)
¡Y pensad que en esa gruta
de paredes de cristal,
su refugio halla el mendigo
y el enfermo su hospital!
Cuando alguno de vosotros
necesite mi favor,
llegue á escape con sus penas
á la gruta del Señor.
Que en la tal morada
no le han de faltar,
ni un mullido lecho
ni un trozo de pan...
¡Ni una mano amiga
que derrame el bien,
ni unos labios que hagan
oración por él!

CORO. Todos los domingos
aquí nos veremos,
que á darle limosna
nos comprometemos.
Tenedlo presente,
señor Baltasar...
¡que libres del diablo
queremos estar!

—

BALT. Fiad, fiad en mí,
que no lo olvidaré.

CORO. Pues bien: ¡Adiós, adiós!
(Despidiéndose y marchando por la izquierda.)

BALT. ¡Con Dios! ¡Pasadlo bien!
(Haciendo un saludo con la mano.)

ESCENA II

BALTASAR y LUISA; luégo un MARINERO

HABLADO

BALT. ¡Estas son gentes honradas!

¡De las pocas que se estilan
ya en el mundo! ¡Si tuvieran
el bolsillo á la medida
de la intención generosa,
mejor todo marcharía!
(Sale Luisa de la casa de piedra.)
¡Luisa!
(Al verla, con alegría yendo hacia ella.)

LUISA. ¡Señor Baltasar!
(También con alegría.)

BALT. ¡Venga á mis brazos la ninfa
más hermosa de estas playas
y de toda la campiña! (Abre los brazos.)

LUISA. ¿Nada menos? (Echándose en ellos.)

BALT. ¿Y qué mucho,
cuando eso salta á la vista?

LUISA. Bien, pues dejemos las flores
y hablemos de nuestra ermita.
¡Ahí va mi pobre limosna!
(Le entrega una moneda de plata.)

BALT. ¡Dios te lo pague, hija mía!
(Tomándola y guardándola en la bolsa.)

LUISA. ¿Tenéis enfermos?

BALT. Ninguno.
La gruta se encuentra limpia
de dolor, y todo en ella
es hoy salud y alegría.

LUISA. Más vale así.

BALT. Por supuesto, (Transición.)
¿cuándo haces una visita
á mi fortísimo alcázar
de mármol y estalactitas?

LUISA. Cuando juréis revelarme...
(Marcando las palabras.)
el secreto de familia.

BALT. ¡Y dale con el secreto! (Contrariado.)

LUISA. ¡Vos lo sabéis!
(Insistiendo y con tono angustioso.)

BALT. Pero, Luisa,
¿quieres que invente una fábula
y que apele á una mentira?

LUISA. ¿Pues por qué el señor Fernando,

mi padre adoptivo, excita
mi amor hacia vos, diciendo
que os debo más que la vida?

Balt. Será... porque estando enferma
(*No sabiendo qué decir.*)
cierta vez... siendo muy niña...
te devolví la salud
con algunas medicinas.

Luisa. ¡No me convencéis!

Balt. Entonces,
prosigue con tu manía
y devánate los sesos,
y dale al carrete aprisa,
y memorias á tu novio
y salud... ¡y hasta la vista! (*Medio mutis.*)

Luisa. Un instante... ¿Sabéis algo
de Enrique?

Balt. ¿Está todavía
de viaje? (*Luisa hace un signo afirmativo.*)
¡Bah! su tardanza
muy fácilmente se explica.
Habrá hallado cargamento
en el puerto de Messina
y tendrá que demorar
su vuelta por unos días.

Luisa. ¡Quince van ya transcurridos!
(*Con profunda amargura.*)

Balt. Nada temas, no peligra.

Luisa. ¡Peligrara mucho menos
en tierra firme!

Balt. ¡Pues, hija,
también en *seco* se muere
cuando Dios lo determina!
(*Aparece un Marinero en el foro de la derecha.*)

Mar. ¿Señor Baltasar?

Balt. ¿Qué ocurre?

Mar. Que una vela se divisa
á barlovento.
(*Desaparece el Marinero por donde vino.*)

Luisa. ¡Mi Enrique!
(*Dando un grito de júbilo.*)
¡El corazón lo adivina!

BALT. ¿A barlovento? ¡No es fácil!
LUISA. ¡Segura estoy!
BALT. Pero, Luisa,
¡si es contrario cabalmente
su derrotero! ¡Ven, mira!
(Cogiéndola de una mano y yendo con Luisa hasta el fondo.)
¿Ves estrecharse á lo lejos
(Señalando á la derecha del espectador. Luisa hace un signo afirmativo.)
el mar entre dos colinas?
¡Pues por aquella garganta
ha de venir tu Mesías!
Clava los ojos en ella
y hasta otro rato, hija mía.
LUISA. ¿Os vais tan pronto? (Con dulce reproche.)
BALT. Más tarde
nos veremos.
LUISA. ¿Sí?
BALT. Descuída.
(Vase por la derecha.)

ESCENA III

LUISA, que vuelve á contemplar el mar, exclama después de un breve silencio.

¡Oh, mar, que en dulce bonanza
te rizas al aura suave,
líbrame de una asechanza
y ten piedad de la nave
que atesora mi esperanza!

MÚSICA

¿Quién logra el ánimo
tranquilizar,
si á merced de los vientos
un sér querido está?

¿Qué alma por su ídolo
no temblará,
si lo ve recorriendo
los abismos del mar?

—

¡Prenda de amor tan suspirada,
constante imán de mi pasión,
de ésta tu Luisa infortunada
ten compasión, ten compasión!
Vuelve á mi lado sin demora,
que ya sufrir no puedo más...
¡Oye la voz desgarradora
de mi ansiedad, de mi ansiedad!

—

Pasan los días,
crece el dolor
y no amanece
nunca mi sol.
Cuando contemplo
la inmensidad,
digo temblando:
¿Si volverá?...

—

Noches de horrible incertidumbre,
horas de insomnio y frenesí,
cese tan larga pesadumbre,
¡fiero cuchillo, sal de aquí!...
(Llevándose la mano al corazón.)
Vuelva el encanto de mi vida,
vuelva el tesoro de mi fe...
¡Llegue la nave en que se anida
todo mi sér, todo mi sér!

—

Huyan las penas
del corazón,
que ya vislumbro
cerca mi sol.
Y entre suspiros
dice la mar:
«¡Ten confianza,
que él volverá!»

(Cesa el canto. Luisa se aproxima á la playa y se

sienta sobre una roca, contemplando estática el horizonte. Pausa. Llega Roberto por la izquierda, segundo término, mira un momento á Luisa con sonrisa amarga y se acerca por fin á ella.)

ESCENA IV

LUISA y ROBERTO; FERNANDO, al paño.

HABLADO

ROB. ¡Hermosa mañana, Luisa!
(Movimiento de susto en Luisa.)
LUISA. ¡Muy hermosa! (Alzándose de la roca.)
(Repuesta del susto y con indiferencia.)
ROB. Mar sesgado,
cielo azul y despejado
y juguetona la brisa.
Mientras el astro lunar
no entre en su cuarto menguante,
nada temas... por tu amante,
que está seguro en la mar.
LUISA. (¡Algo pretende este loco!)
¡Mil gracias! No te creía
(Con acento burlón.)
tan fuerte en astronomía,
ni tan amable tampoco.
(Marcando las palabras.)
ROB. ¿Y por qué no? (Con sonrisa irónica.)
LUISA. ¡Considera
que un año va transcurrido!
¿En todo él... te he merecido
ni una palabra siquiera?
(Con énfasis cómico.)
ROB. ¡Qué celos, Dios soberano,
si Enrique se hallara aquí!
LUISA. ¡Sabe que te quiero á tí
como se quiere á un hermano!
ROB. En eso me equivoqué;
pues, con franqueza, pensaba

que al principio te inspiraba
otro sentimiento.

Luisa. ¿Y qué?
¿Era bastante que yo
te hubiese amado? ¿Qué hacías
tú por mí? ¿Correspondías
á tal sentimiento? ¡No!
¿Tú transigir con la historia
de mi origen? ¿Tú conmigo?...
(Movimiento de negación por parte de Roberto.)
¡Voy á probar lo que digo (Con rapidéz.)
porque no hablo de memoria!
(Pausa conveniente. Fernando va á salir de su casa y retrocede, expresando con un gesto el asombro que experimenta al ver juntos á Luisa y Roberto.)
Cierta mañana...—hará de esto
unos tres años,—hablando
tu tío, el señor Fernando,
con tu padre, y so pretexto
de no sé qué, oí mezclar
nuestros nombres; el asunto
me interesaba, y al punto
me acerqué para escuchar.
Tu padre estaba sentado,
tu tío de pié, y yo ¡alerta!
muy pegadita á una puerta,
que alguien había entornado.
Pues sí, Gregorio—decía
el señor Fernando,—toda
mi ambición era esa boda
conque soñé noche y día.
Y no me hagas la objeción
de su origen, pues te advierto,
que el orgullo de Roberto
me destroza el corazón.
Echarme en cara podrás
¡que no es mi hija!... Y yo te arguyo:
¿aunque fuese padre suyo,
la podría querer más?
¡La recogí en el albor
de su vida, la miré

como á cosa propia, y fué
el ídolo de mi amor!
Siembra el jardinero un grano
de semilla, ¿quién le niega
que aquello que nutre y riega
y dirige con su mano,
que aquel rosal hechicero
que brotó de la simiente,
no sea lógicamente
propiedad del jardinero?
—¿Y el mundo? ¿Y la sociedad?—
dijo tu padre.—¡Callaron...
y mis lágrimas brotaron
á impulsos de la ansiedad!
(Se enjuga los ojos. Pausa breve.)

ROB. ¿Y eso fué todo? (Con sonrisa irónica.)

LUISA. ¡No todo! (Con severidad.)
Falta lo mejor del cuento.
Dejó tu padre el asiento
y prosiguió de este modo:
—Ya sabes por experiencia,
queridísimo cuñado,
que me tienen sin cuidado
cuna, estirpe y descendencia;
porque á nadie se le esconde
que al unirme con tu hermana,
arrojé por la ventana
el título de vizconde.
—Sí—exclamó el tío,—ya sé;
un título sin caudal:
¡gran herencia!—¡Voto á tal!
Pues por eso lo arrojé.
—Replicó tu padre, dando
muestras de gran regocijo,
y añadió:—¡Tocante á mi hijo,
no te molestes, Fernando.
Porque díjome hace poco
con irónica sonrisa:
«¡Para casarse con Luisa,
(Marcando las palabras.)
»es necesario estar loco!
»A la hija de un pescador

»darle podré mi apellido,
»su origen desconocido
»no encenderá mi rubor...»

ROB. ¡Basta! (De mal humor.)

LUISA. «¿Pero á esa infelíz
(Prosigue marcando más el concepto.
»á quien mi tío?...»

ROB. ¡Corriente!

LUISA. «¡Que será seguramente
»el fruto de algún deslíz!...»

ROB. ¡Bueno!... ¡Adiós! Hasta más ver.
(Medio mutis por el foro de la izquierda.)

LUISA. No hallas réplica, ¿verdad?

FERN. (¡Pícara curiosidad
(Asomándose á la puerta un momento.)
qué cosas hace saber!)

LUISA. ¡A esta infelíz has mirado (Con entonación.)
siempre con antipatía,
mas cree, por vida mía,
(Sonriendo desdeñosamente.)
que esta infelíz te ha pagado!

ROB. ¡Es que yo tengo razón
(Bajando de nuevo al proscenio.)
y tú no tienes excusa
(Con tono amargo y reconcentrado.)
para odiar! ¿No eres la intrusa
que labra mi perdición?

LUISA. ¡Roberto!...

ROB. ¿No me despojas
de la herencia de mi tío?
¿No me trata con desvío
por tu culpa? ¿Te sonrojas?...

LUISA. ¡Sí, me avergüenzo! ¿Qué quieres?
¡Siento el horror más profundo,
pues dudo que haya en el mundo
malvado... á quien no superes!

FERN. (Con sequedad y brío, saliendo de la casa y aproximándose á los interlocutores. Roberto domina su sorpresa y contrariedad.)
¡Muy bien dicho!

LUISA. ¡Padre! (Sorprendida.)

FERN. Luisa,

déjanos solos. (Con autoridad.)

LUISA. ¡Es que!... (Queriendo hablar.)

FERN. ¡No temas! (A Luisa.) Breve seré. (A Roberto.)
Despacharemos aprisa.
(Luisa vuelve á su casa; manifiesta en su actitud algún recelo. Pausa conveniente.)

ESCENA V

ROBERTO y FERNANDO

ROB. (¡Si piensas amedrentarme,
buen chasco vas á llevar!)

FERN. Sobrino, tú, por lo visto, (Con naturalidad.)
has olvidado quizás
la situación respectiva
que ocupamos cada cual.

ROB. ¡Sí, la de tío y sobrino!

FERN. Tienes razón, y además
también... ¡la de juez y reo!

ROB. Que haga Luisa de fiscal
(Con sonrisa irónica.)
y voy derechito á la horca
con toda seguridad.

FERN. ¡Ese papel lo reservo
á tu conciencia!... Si es que hay
(Con ironía y calma.)
un resto de esa señora
en tu pecho... angelical.

ROB. Adelante. (Con cinismo.)

FERN. ¿Que adelante?
¡Muy al contrario, hacia atrás!
Te quiero ajustar las cuentas
desde tu primera edad. (Pausa breve.)
¡Naciste... forzando el tiempo;
y tu aparición fatal
costó la vida á tu madre!...
¡Ya empezaste por matar!
Emparejada á tus años
corrió tu perversidad:
fuiste á los seis un azote

y á los doce un Barrabás.
Debiste á tu mal carácter
la repulsión general,
y no sé que hayas tenido
ni un solo amigo jamás.
Cuando á la ciudad de Nápoles
te llevaron á estudiar,
te matriculaste en vicios
y saliste un holgazán.
Entre las gentes perdidas
te hiciste muy popular,
y en vino, juego y mujeres
derrochaste un capital.
¡El crimen y el vicio viven
en estrecha vecindad!...
Y tú fuiste tan avante
y anduviste tan allá,
que tropezaste dos veces
con el Código penal.
¡Tus desórdenes y trampas
he pagado sin chistar!
¿Quién te sacó de la cárcel?
¿Quién compró tu libertad?
(Sonríe Roberto, cínicamente.)
¿Te ríes?... ¡Bravo! ¡Bien hecho!
¡Viva el cinismo! ¿Qué más?
¡Si contra tu propio padre
llegaste la mano á alzar!

ROB. ¡Eso es falso! (Con brusco acento.)

FERN. ¡Que lo afirmes
ó lo niegues, me es igual,
pues por amarga que sea,
tienes que oir la verdad!

ROB. (Con sonrisa irónica y marcando las palabras.)
¿Y por qué siendo tan malo
como vos me retratáis,
habéis pensado en casarme
con Luisa?

FERN. ¡Como aplicar
se suele un remedio heróico
á una grave enfermedad!

ROB. ¿Y ese precioso remedio

lo creéis tan eficáz?

FERN. Me inspira tal confianza,
tengo tal fe en su bondad,
que aun siendo quien eres tú,
te pudiera transformar.

ROB. (Marcando también las palabras.)
Muchas gracias. El ensayo
es peligroso y audáz.
¡No quiero que cáiga el ángel
á los piés de Satanás!

FERN. ¡No la pondremos á prueba;
descuída, no caerá!

ROB. (Con impaciencia y mal humor.)
¿Tenéis algo que añadir?

FERN. Una advertencia no más.

ROB. ¿Qué es ello?

FERN. ¡Que como sepa,
que vuelves á maltratar
á Luisa!...

ROB. ¡Punto redondo!
Ya sé, me desheredáis.

FERN. ¡Pues sí, pero en absoluto!
Conque, amigo, tú verás.

ROB. (¡No ha testado todavía!
Ya sabemos lo esencial.) (Transición.)
Me parece que os he dado
muestra de rara humildad,
oyendo tanta lindeza
con sumisión ejemplar.
¡La injusticia de un retrato
no altera su original!
¿Me habéis hecho una advertencia?
Voy con otra á contestar.
¡Servís de padre adoptivo
á una expósita; cuidad
no salga raza de cuervos
y justifique el refrán!

FERN. ¡Piensa el ladrón!... Otro adagio
también de oportunidad.

ROB. ¡Al tiempo!... ¿Y no será ocioso
preguntaros, si aprobáis
las relaciones de Luisa

con el novel capitán
y dueño de esa goleta,
denominada *La Paz*?

FERN. ¿Quién? ¿Enrique el parmesano?
(Señal afirmativa de Roberto.)
¡Eso es mentira!

ROB. ¡Es verdad!
Que el tal muchacho os disguste,
(Marcando estas palabras.)
porque á su padre no hayáis
olvidado todavía,
ó porque su capital
esté distante del vuestro,
ó por capricho quizás,
eso vos allá con él,
que á mí lo mismo me da.

FERN. ¡Roberto, no te molestes
pérfidamente en sembrar
la cizaña entre nosotros,
pues nada conseguirás!
¡Luisa no tiene secretos (Con gran convicción.)
para mí!

ROB. ¡Qué ceguedad!
(Con sonrisa de lástima.)

FERN. ¡La prueba, venga la prueba!
(Mal humorado y con tono duro.)

ROB. ¡No os impacientéis!... ¡Vendrá!
(Sonriendo y alzando el tono también. Viene Gregorio por el foro de la izquierda.)

ESCENA VI

DICHOS y GREGORIO

GREG. (Este personaje casi todo lo dirá con énfasis cómico, pero sin exageración.)
Muy buenos días, Fernando.
¡Hola, hijo! ¿Tú por aquí?
¿Qué milagro? ¡Ah, vamos! ¡Sí!
¡Te estabas reconciliando!
¡Há tiempo que presentía

realizarse esta unión!
FERN. ¡Pues tienes un corazón
que un augur te envidiaría!
GREG. ¡Infalible! ¡Extraordinario!
Como él diga ¡tal sucede!
sin riesgo alguno se puede...
FERN. Asegurar lo contrario. (Cortando el concepto.)
GREG. ¿Qué? (Con asombro cómico.)
FERN. Consúltale á Roberto (Sonriendo.)
el caso; y salir podrás
de tu error.
GREG. ¡Cómo! ¿Te vas?
FERN. Tengo que hacer en el puerto.
(Se pone el sombrero y vase por el foro de la izquierda.)

ESCENA VII

DICHOS, menos FERNANDO

GREG. ¿Conque es decir, hijo mío,
que no hemos adelantado
gran cosa?
ROB. ¡Por Dios sagrado,
(Sin hacer caso y midiendo á largos pasos el escenario. Gregorio sigue todos los movimientos de Roberto.)
que me las paga mi tío!
GREG. ¡Las pagará, y con exceso!
No hay que apurarse, lo sé.
¿Y ascienden á mucho?
ROB. ¿El qué?
(Parándose y con extrañeza.)
GREG. ¡Hombre, tus deudas!
ROB. ¡No es eso!
(Mal humorado. Sigue paseando y Gregorio lo mismo.)
GREG. ¿No?...
ROB. ¡Me canso de aguantar
tanto desdén, tal afrenta!
GREG. Pero, hijo...

ROB. ¡Larga es la cuenta
que tenemos que ajustar!
GREG. ¡Y tan larga! ¡Cien mil liras
le has gastado en un quinquenio!...
Disuelves con mucbo genio
y tiras bien cuando tiras.
ROB. ¿Me queréis dejar en paz?
(Parándose de nuevo y de mal talante.)
GREG. ¡Dejarte en paz!... ¡Quién pudiera!
(Con tono quejumbroso y cómico.)
A ver, busca la manera,
tú que eres tan perspicáz.
Pues si en la ocasión presente
me quitasen la alcaldía...
¡ya sabes que no podría
vivir decorosamente!
ROB. Lo que sé, padre del alma,
es que ocultáis el dinero...
¡Que sois muy tacaño!...
GREG. Pero... (Confuso.)
ROB. ¡Y muy codicioso!
GREG. Calma.
ROB. ¿Acaso vuestra avaricia
no se ha hecho ya proverbial?
GREG. ¡A tu padre!... ¡Qué moral!
(Con enfado cómico.)
¡Qué respeto!... ¡No hay justicia!
ROB. ¡Un padre que compromete
con su egoísmo el honor
de un hijo!... ¿es acreedor
á que nadie lo respete?
GREG. No disputemos en balde
sobre una cuestión tan clara.
(Con súplica también cómica.)
Pero, hijo mío, repara
que soy además alcalde.
ROB. ¡Buen alcalde!
GREG. Pues, amigo,
(Fingiendo enfado y con cierta prosopopeya.)
bueno ó malo, ten presente
que como yo me impaciente,
doy en la cárcel contigo.

ROB. Para fallar este asunto
con rectitud, la primera
persona que estar debiera
metida en la cárcel...

GREG. ¡Punto!
(Tapándole la boca.)
¡Lástima que á lo sutil
(Con aparente benevolencia y sonriendo.)
del ingenio, no reunas
eso que labra fortunas,
el cálculo mercantil!

ROB. ¿Para casarme con Luisa?
¿No es verdad?

GREG. ¡Cierto y muy cierto!
¡Medítalo bien, Roberto,
y no lo tomes a risa!
Desecha escrúpulos vanos,
y cuída sólo, hijo mío,
de que la herencia de un tío
no se escape de tus manos.

ROB. ¡Queda un recurso eficáz (Sonriendo.)
todavía!

GREG. ¡Habla, por Dios! (Con afán.)

ROB. ¡Que os caséis con ella vos
y á mí me dejéis en paz! (De mal humor.)
(Vase rápidamente por el foro de la izquierda. Gregorio queda estático de asombro y con la bcca abierta.)

ESCENA VIII

GREGORIO, solo.

GREG. ¿Yo con ella? ¡Cataplún!
¿Pensar en tal matrimonio?
¡No se le ocurre al demonio
mayor diablura! ¡Según
(Parándose de repente y como reflexionando.)
y conforme!... ¿Por qué no?
Quizá á Fernando le sea
muy simpática la idea.

¡Quizá á Luisa!... ¿Qué se yo?
No será ella á buen seguro,
si tal hecho ocurre y pasa,
la primera que se casa
con un hombre ya maduro.
¡No tan maduro! Cincuenta.
¡A mi edad, Matusalén
era un pollastre!... También
se debe tener en cuenta,
que á despecho de la edad,
aún hay en mí distinción.
Item más: ¡la seducción
aneja á la autoridad!
¿Qué huérfana no se allana
á casarse con un viejo
de mi estofa? ¡Bah! no cejo;
es cuestión de una semana.
(Suena un cañonazo lejano.)
¿Un barco que se aproxima
(Al oir el cañonazo.)
al puerto? Vamos á ver
si es de casa. ¡Otro deber
que lleva un alcalde encima!
(Vase por el foro de la izquierda. Pausa conveniente.)

ESCENA IX

LUISA y luégo ENRIQUE

MUSICA

Mar. ¡A... ah! ¡a... ah!... ¡a... ah!
(En lontananza.)

—

Luisa. ¡Un barco llega! (Saliendo de casa.)
¡No es ilusión!
¿Será el de Enrique?
¡Quiéralo Dios! (Se aproxima á la playa.)

—

MAR. ¡A... ah!... ¡a... ah!... ¡a... ah!...
(También á lo lejos.)

—

ENR. (Dentro y á conveniente distancia.)
¡Dichoso el que vence
las olas del mar,
y torna á sus playas
y vuelve á su hogar!
¡Dichoso si encuentra
constante en su amor,
al sér más querido
de su corazón!

—

LUISA. ¡Es él, mi Enrique!
¡Gracias á Dios!
¡No estoy soñando!
¡No es ilusión!

—

ENR. Con dulce esperanza (Más cerca.)
y henchido de fé,
reclamo un tesoro
que en tierra dejé.
Si algún desengaño
me espera al llegar...
¡mil muertes primero
quisiera en la mar!

—

LUISA. ¡Acérquese á tierra
(Como respondiendo á Enrique.)
sin miedo el bajel,
y salte á mis brazos
su timonel!

—

(Aparece por el foro Enrique. Luisa lo recibe en sus brazos.)

ENR. ¡Ah, mi Luisa!
LUISA. ¡Enrique mío!
(Abrazándose y avanzando hacia la batería.)
¡Qué tormento, qué ansiedad!
ENR. ¡No pensemos en la ausencia
ni en lo que ha pasado ya!

—

¡Piensa tan solo,
luz de mi día,
en que te quiero
más que á mi vida!
¡Piensa en tu Enrique,
que es tan felíz
cuando se encuentra
cerca de tí!

LUISA. Doy al olvido
las horas tristes
y el día aciago
en que partiste.
¡Hoy te contemplo
cerca de mí!
¡Ya estoy contenta!
¡Ya soy felíz!

—

ENR. Flotar sobre la espuma
te he visto en mi ilusión.

LUISA. También entre la bruma
bogar te he visto yo.

—

ENR. Con la eternal melancolía
que á un pecho amante infunde el mar,
puestos los brazos noche y día
sobre la borda de mi *Paz*,
mientras su quilla resbalaba
por aquel ancho espejo azul,
bella y gentil me acompañaba
¡una sirena, un ángel, tú!

LUISA. Sobre las rocas de esa orilla,
(Señalando á la playa.)
puestos los ojos en la mar,
llena de angustia y pesadilla
y entre zozobra y ansiedad,
siempre que un barco en lontananza
daba la proa al Golfo Azul,
con él venía mi esperanza,
¡mi alma, mi sér, mi vida, tú!

Á DUO

ENR. Mientras su quilla resbalaba

por aquel ancho espejo azul,
bella y gentil me acompañaba
¡una sirena, un ángel, tú!

LUISA. Siempre que un barco en lontananza
daba la proa al Golfo Azul,
con él venía mi esperanza,
¡mi alma, mi sér, mi gloria, tú!

HABLADO

ENR. ¡Qué hermosa estás, Luisa mía!
LUISA. ¡Enrique!... (Con modestia y ternura.)
ENR. ¡Al verme á tu lado,
de larga noche sombría,
parece que he despertado
ante un sol de medio día!
LUISA. ¡Jesús, María y José!
(Santiguándose y con sonrisa burlona.)
No tanto, no tan poeta.
¿Y la *Paz*?
ENR. Cuando enfilé
rada y puerto, confié
al viejo Thon la goleta.
El la guía al surgidero,
pues yo, mi adorada Luisa,
salté á una lancha ligero
y torcí mi derrotero
para llegar más aprisa.
LUISA. ¿No tienes ningún quehacer
urgente?
ENR. Dentro de una hora,
y en este instante, el de ver
cómo me sacio á placer
de tu vista encantadora.
LUISA. ¡Sostenga Dios mi esperanza!
(Con tristeza y temor.)
¡Eres tan joven, Enrique!
ENR. ¿No te inspiro confianza?
LUISA. Tu corazón ..
(Enrique la interrumpe con entusiasmo.)
ENR. ¡Se fué á pique
en un día de bonanza!

Marchaba yo á la ventura
por franco y libre camino,
cuando á mis ojos fulgura
la peregrina hermosura
de tu rostro alabastrino.
¡Verte un momento y cegar
fué cosa del mismo instante!...
Luisa mía, ¿á qué dudar,
si es tan difícil curar
la ceguera de un amante?
Además, ¿se tiene idea
del Golfo en que yo caí?
¡Quien lo ignore, que te vea,
y por muy diestro que sea
de fijo naufraga en tí!

LUISA. Pero, ¿y mi desconocido (Con profunda pena.)
origen?...

ENR. ¡Valiente cosa! (Sonriendo.)
¿Por llevar un apellido,
crees tú, que hubieses sido
ni mejor ni más hermosa? (Con entusiasmo.)
¿Qué amor miramientos gasta
con origen, cuna ó casta,
cuando bien se quieren dos?
¡Sé que eres hija de Dios
y á mí con eso me basta!

LUISA. ¡Gracias, Enrique!
(Con efusión, tomándole una mano.)

ENR. ¡Ojalá
nos fuese el padre adoptivo
tan corriente!

LUISA. Lo será.

ENR. Es que puede haber, quizá,
algún oculto motivo.

LUISA. Dí cuál, si no es fantasía.
Pues yo juzgo lo contrario.

ENR. ¡La enemistad, la porfía
de un rencor hereditario
entre su casa y la mía!

LUISA. Aun siendo tú su mayor,
su principal enemigo,
te agradeciera el favor...

(Con amarga sonrisa.)
¡Se necesita valor
para enlazarse conmigo!

ENR. ¡Ah, Luisa! ¿A qué acibarar
(Con súplica apasionada.)
las amorosas ternuras
que vengo aquí á disfrutar?
¡Demasiadas amarguras
tiene un marino en la mar!
(Señalando á la playa.)
¡No anticipes tus heridas,
déjale al tiempo sus penas,
que él dará las embestidas,
como baten las arenas
las olas enfurecidas!
¡Goza hoy con todo tu sér (Con entusiasmo.)
de este cariño profundo
en que yo me siento arder,
si es que me quieres hacer
el más dichoso del mundo!

LUISA. ¡Es verdad, tienes razón!
(Abrazada á Enrique.)
¡Tu acento mi fe renueva
y ensancha mi corazón!...
(Roberto viene por la izquierda, segundo término, acompañado de Fernando y Gregorio.)

ROB. ¿No querías una prueba?
(A Fernando y señalando á los amantes con diabólica sonrisa.)
¡Pues mirad!

ENR. y LUISA. ¡Ah!
(Al verse sorprendidos, Luisa se separa rápidamente de los brazos de Enrique y se aparta á la derecha llena de confusión.)

FERN. ¡Maldición!
(Golpeándose la frente con ira.)

ESCENA ÚLTIMA

LUISA, ENRIQUE, FERNANDO, ROBERTO y GREGORIO

Obsérvese para la colocación de las figuras el orden siguiente: Cerca de la batería, y al extremo derecho, Luisa; á tres ó cuatro pasos de ella, Enrique; Fernando en medio de Roberto y Gregorio, á la izquierda. Pausa conveniente.

MÚSICA

ROB. (¡Por algo os dije,
(**A Fernando con tono irónico y zumbón.**)
tío del alma,
que me ofrecías
muy linda ganga!
¡Ella ahí tan fresca
con su doncel!...
¡Y vos haciendo
un gran papel!)

—

ENR. (¡Nada me importa
(**Como hablando consigo mismo.**)
de una borrasca;
yo no recojo
velas ni jarcias!
¡Pienso por ella
con decisión,
no arriar ni un punto
mi pabellón!

—

GREG. (¡Es necesario,
(**A Fernando, también con aire zumbón.**)
que te persuadas,
que estuvo Luisa
muy acertada!
¡Cuando tal novio
supo escoger,
debe tus gustos

de comprender!)

—

FERN. (¡Hice por ella
(Como hablando consigo mismo.)
tal confianza,
que á nadie culpo
de mi desgracia!
¡En los combates
con el amor,
no darle treguas
es lo mejor!)

—

LUISA. (¡No se me ocurre
(Como saliendo de una profunda meditación.)
ni una palabra!...
¡Soy una loca,
soy una ingrata!
¡Si hoy me lanzasen
á mendigar,
nada tendría
que replicar!)

—

FERN. ¿Y es así como se portan
(Dirigiéndose á Luisa.)
la inocencia y el candor,
olvidando en un instante
mi piadosa abnegación?...

—

LUISA. ¡Esta ingrata, padre mío,
generoso protector,
llega humilde á vuestras plantas
en demanda de perdón!
(Cae de rodillas ante Fernando y permanece un momento en esta actitud. Luégo vuelve á su sitio.)

—

ENR. ¿Perdón?... ¿De qué?
(Con sonrisa franca.)
¡Si es por hablar,
no hallo, no sé
qué crimen hay!
¡Ni creo que mi aliento
(Lleno de altivéz y dignidad.)

empañe su candor, (Señalando á Luisa.)
ni que deshonre á nadie
el eco de mi voz!

FERN. (A Enrique con tono enérgico y desdeñoso.)
¡De mis acciones dueño
indiscutible soy,
y no acostumbro nunca
á dar explicación!

—

ENR. ¿A qué empeñarse (Con sonrisa amarga.)
en divagar?
¡Hay un motivo,
bien claro está!

ANDANTE

(Dirigiéndose á Fernando.)
Razones no es posible
usar con el rencor...
¡que un odio inextinguible
os roe el corazón!
De un noble sentimiento
tampoco os hablaré,
(Llevando la mano al corazón.)
que hablar sería al viento
con loca insensatéz!

—

FERN. (¡Fijar en él los ojos!...
¡desdicha y maldición!
¡Redobla mis enojos (Mirando á Luisa.)
y aumenta mi dolor!
¡Conviene que al momento,
con maña y rapidéz,
apague un sentimiento
que acaba de nacer!)

—

LUISA. (¡No hay lógica que explique
tan ciega oposición!
¿No es digno acaso Enrique
del más profundo amor?
¡Con generoso aliento
me brinda mano y fe,

y mi alma y pensamiento
hablando están por él!)

—

ROB. (Si el diablo desde ahora
no acude en mi favor,
si en algo no mejora
mi negra situación,
á golpe más violento
sin tregua apelaré...
¡no venga un testamento
mi desventura á ser!)

—

GREG. (¡De hermosa dote el brillo
sin duda vislumbró!...
No es torpe este chiquillo,
(Señalando á Enrique.)
buscando posición.
Mas vano todo intento,
que á dar de bruces fué
contra un impedimento
difícil de vencer.) (Por Fernando.)

—

ENR. ¡Los viejos rencores
y la enemistad,
de padres á hijos
no deben pasar!
¡Ni hoy debe extrañaros
(A Fernando con nobleza.)
que con humildad,
la mano de Luisa
me atreva á implorar!

—

FERN. (A Roberto y Gregorio, con desdeñoso tono, por Enrique.)
¡Si el necio no hallase
disculpa en su edad,
con su amor iría
de cabeza al mar!

—

ENR. ¿Con saña y con guerra
responde á la paz?
¿Tan pérfido insulto
á tanta bondad?

ALEGRO

¡Basta, pues, de ruego y súplica
(A Fernando.)
y aquel odio tan febril,
hoy renazca más satánico
en mi pecho juvenil!
¡Quien se llame de una huérfana
(Señalando á Luisa.)
verdadero protector,
ni ha de hacer de ella su víctima
ni cadenas del favor!

—

FERN. Desafío tan heróico
y amenaza tan gentil,
(A Enrique, con sonrisa desdeñosa.)
son lo mismo que las ráfagas
de la brisa más sutil.
La locura de tu espíritu
y la fe de tu pasión,
al arrullo de otras jóvenes
cambiarán de dirección.

—

LUISA. (¡Con la estrella más fatídica
en el mundo aparecí,
y es la vida horrible vértigo
de infortunios para mí!
¡Veo á un lado un sér simpático,
que me roba el corazón,
y hallo al otro un sér benéfico
á quien debo sumisión!)

—

ROB. (¡De expediente á mi propósito
este necio va á servir! (Por Enrique.)
pues ya tengo facilísima
coyuntura en mi sentir.
El terrible golpe anónimo,
la explosión de mi furor,
me parece cosa lógica
que se achaque á su rencor.)
(Señalando otra vez á Enrique.)

—

GREG. (¡Si el cuñado queridísimo
no modera el frenesí,
yo adelante con la música
en el plan que concebí!
¡Pues cegado por la cólera
de este choque y situación, (Por Fernando.)
más gustoso y más solícito
ha de oir mi pretensión!) (Sonriendo.)

—

ENR. (Subiendo al foro y dirigiéndose á Luisa con arrebato y pasión.)
¡Adiós, Luisa querida,
y vive para mí,
que Enrique no te olvida
y volverá por tí!

—

LUISA. (Con alegría y juntando las manos.)
(¡Volverá!... ¡Volverá!)

FERN. (A Roberto y Gregorio, por Enrique y lleno de cólera.)
¿Amenaza otra vez?

ROB. y GREG. (Conteniéndolo.)
¿Qué importa? ¿Qué más da?

ENR. (A Fernando, con entonación y brío, marchando luégo por el foro de la izquierda.)
¡Sí, pardiéz! ¡Sí, pardiéz! (Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero, aunque con diferente perspectiva. Es la puesta del sol y va anocheciendo gradualmente á medida que se desarrolla el acto. A su tiempo, y cuando lo determine la acción del drama, brillarán á lo lejos las luces de la ciudad de Nápoles, y á la izquierda del escenario el resplandor de la luna. Al levantarse el telón aparece Fernando sentado sobre el banco con la cabeza apoyada en las manos y en actitud reflexiva.

ESCENA PRIMERA

FERNANDO, solo.

MUSICA

(¡Conseguir esa boda
(Saliendo de su actitud reflexiva.)
que mi mente soñó,
era todo mi anhelo,
mi delicia mayor!)
¡Mas trocándose en humo
(Levantándose del banco.)
la engañosa ilusión,
su castillo de náipes
para siempre cayó.

¿Tendré que desistir (Reflexionando.)
de mi constante afán,
ó habré de proseguir
impávido mi plan?

—

Yo de esa pobre huérfana
he sido el bienhechor,
y generoso y pródigo
la consagré mi amor.
Derechos hay legítimos
sin duda en la adopción...
¿Mas dónde hallar el de árbitro
de un tierno corazón?

—

Tal vez escuchando
mi voz paternal,
sométase Luisa
con docilidad.
(Aparece Luisa á la puerta de su casa, enjugándose los ojos con el pañuelo y en actitud angustiosa.)
Tal vez el incendio
se logre apagar;
¡tal vez aún exista
remedio á su mal!

ESCENA II

LUISA y FERNANDO

LUISA. (Avanzando apresuradamente y arrodillándose á los piés de Fernando.)
¡Oh, padre, padre mío,
mi noble protector,
de hinojos, sollozando,
imploro tu perdón!

FERN. ¡Si es verdad que deseas
(Alzándola de una mano.)
mi perdón alcanzar,
en ese tal Enrique
(Con tono despreciativo y marcando las palabras.)
desde hoy no pienses más!

LUISA. Prometo la obediencia,
su amor rechazaré;
¿mas dónde hallar el medio
de no pensar en él?

FERN. No ocultes y confiesa
(Con sonrisa amarga.)
tu amante frenesí.

LUISA. ¡Negarlo es imposible,
tendría que mentir!
(Movimiento de disgusto en Fernando.)

—

Yo os prometo, padre mío,
absoluta sumisión
y encerrar mi desvarío
en mi propio corazón.
Me encumbrásteis de la nada,
sé que os debo gratitud
y no quiero ser tachada
de olvidar tanta virtud.

—

FERN. Y yo te doy en cambio
(Abandonando el enojo.)
mi palabra formal,
(¡excepción de ese Enrique
que confunda Satán!)
Cuando pienses casarte,
tu capricho seguir (Con tono amable.)
y aceptar el marido
que gustes elegir.

—

LUISA. ¿Tenéis en cuenta
mi condición? (Con amargura.)
¡Yo hallar marido! (Marcando las palabras.)

FERN. ¡Sí, Luisa!

LUISA. ¡Yo!...
(Moviendo negativamente la cabeza.)

—

Desde las puertas de la vida,
vago sin nombre y al azar,
como una planta maldecida
que desarráiga el huracán.
Si alguien mi mano, sin fortuna,

necio llegase á pretender,
cuando pregunte por mi cuna,
¿que le diré? ¿qué le diré?

—

Muriendo de pesar
y llena de rubor,
tendré que confesar
mi propio deshonor.
Que el sitio en que nací
jamás logré saber,
ni menos, ¡ay de mí!
á quiénes debo el sér.

—

FERN. ¿No vives á mi lado?
¿No te amo yo quizás?
¡Olvida tu pasado
y en él no pienses más!

A DUO

LUISA. Si alguien mi mano, sin fortuna,
necio llegase á pretender,
cuando pregunte por mi cuna,
¿qué le diré? ¿qué le diré?

—

Muriendo de pesar
y llena de rubor,
tendré que confesar
mi propio deshonor.
Que el sitio en que nací
jamás logré saber,
ni menos, ¡ay de mí!
á quiénes debo el sér.

—

FERN. Con lo mejor de mi fortuna
tu blanca mano engarzaré,
y á quien pregunte por tu cuna,
¡responderé! ¡responderé!
Por dicha sin igual
y gloria de mi amor,
no sé de qué rosal
cayó tan linda flor.

Mas yo la recogí
con singular placer,
¡y en ella mi alma ví!
¡y en ella ví mi sér!

—

HABLADO

FERN. ¡No vuelvas la vista atrás!
¡No recuerdes lo pasado!
¿Si yo te hubiera engendrado
(Abrazando á Luisa.)
te podría querer más?
Eres joven todavía,
mas cuando quieras casarte,
has de hallar... en cualquier parte
pretendientes, hija mia.
¿Nada vale el ser hermosa?
LUISA. ¡Padre! (Manifestando rubor.)
FERN. ¡Sin rubor! ¡Y en calma!
¿Y tu virtud? ¡Que es al alma
lo que el perfume á la rosa!
Además, el mundo entero
tu rica dote presiente,
y el mundo es muy diligente
en materia de dinero.
LUISA. ¡Pues anda fuera de tino
y se equivoca!
FERN. ¿Por qué? (Con extrañeza.)
LUISA. Porque yo regalaré (Marcando las palabras.)
mi dote... á vuestro sobrino.
FERN. ¡Luisa! (Con disgusto.)
LUISA. ¡Sí! No habrá manera,
cáseme ó no con Enrique,
de que yo le perjudique
ni en un ápice siquiera.
FERN. ¡No me vuelvas á nombrar
(Al oir el nombre de Enrique, yergue la cabeza con enfado.)
á ese Enrique maldecido;
suena tan mal á mi oído
que no lo puedo aguantar!

(Luisa inclina la frente como abrumada. Pausa.)
¿Quieres saber en qué estriba
esta ciega repulsión
que existe en mi corazón
y aquí estará mientras viva?
(Llevándose al corazón la mano.)
Pues oye: (Transición.) Allá cuando mozo
prendéme de una hermosura,
¡causa de mi desventura
y término de mi gozo!
Bien quisto de la beldad
y de su familia toda,
pronto arreglada la boda
quedó sin dificultad.
Mas la víspera de unir
nuestra suerte en lazo eterno,
fuí delatado al Gobierno
—no te asombres,—por servir
nada menos que de espía
al voraz piamontés,
que ya con ciego interés
soñaba en el mediodía.
Sin olvidar, olvidado,
y en soledad con mis males,
pasé dos años mortales
en una prisión de Estado;
hasta que compadecida
la divina Providencia,
hizo brillar la inocencia
y me devolvió á la vida. (Transición.)
¿Qué piensas tú que ocurrió
(Con sonrisa burlona.)
mientras tanto con la novia?

LUISA. No es la respuesta tan obvia.
(Sonriendo también.)

FERN. ¡Y tan obvia!... ¡Se casó!

LUISA. ¿De veras? (Con asombro.)

FERN. Tuvo noticia
(Marcando con sorna las palabras.)
casi oficial de mi muerte
—según dijo.—¿No te advierte (Con sonrisa.)
otra cosa tu malicia?

¿No ves la clara señal
del pérfido delator?

LUISA. ¿Ella? ¡Imposible! ¡Qué horror!
(Con repugnancia.)

FERN. ¡Pues si ella no... mi rival!

LUISA. ¿Tenéis pruebas?

FERN. ¿Para qué?
¿Qué más prueba necesito
que esta intuición, este grito
(Llevándose la mano al pecho.)
de mi conciencia y mi fe?
¡No existe en el mundo nada
más evidente, hija mía!
Desbaratar se quería
una boda concertada.
Y mi rival, descendiente
del mismísimo Caín,
y mi novia, un serafín
muy formal y consecuente,
pusieron la delación
en un pliego de papel,
topó el Gobierno con él
y se acabó la función.
(Cambiando de tono y marcando las palabras.)
¡De aquellas almas traidoras
justo es que el nombre te indique!

LUISA. Fueron... (Con ansiedad.)

FERN. ¡Los padres de Enrique!
(Con sonrisa amarga y acento irascible.)
¡De ese Enrique á quien adoras!
(Vase Fernando por el foro de la izquierda. Luisa queda como petrificada de estupor.)

ESCENA III

LUISA, sola.

LUISA. (Después de una breve pausa y con acento desesperado.)
¿Habrá una suerte más dura
ni otro más negro destino?

¡Se cerró todo camino!
¡Acabó toda ventura!
De mi pasión, ¡no es posible
que la esperanza alimente
mientras que en su pecho aliente
esa sospecha terrible!
(Llevándose la mano al corazón.)
Siento una extraña opresión.
¡Como si fuera á morir!...
(Aproximándose hacia el banco.)
¡Deja, deja de latir!
¡Apágate, corazón!
(Cae sobre el banco ocultándose el rostro con las manos. Pausa conveniente. Baja por el foro de la derecha Baltasar, caminando hasta cerca del banco en que se encuentra Luisa. Esta vuelve en sí al ruído de los pasos de aquél, y al reconocerle se levanta y se arroja en sus brazos.)

ESCENA IV

LUISA y BALTASAR

BALT. ¡Luisa! (Al reconocerla y con alegría.)
LUISA. ¡Señor Baltasar!
(También con júbilo, echándose en brazos de Baltasar.)
¡Dios os dé la recompensa
por vuestro celo en servirme,
y os pague tanta molestia!
BALT. ¡Te sirvo... porque te quiero,
(Con buen humor.)
te quiero... porque eres buena,
y eres buena porque sí
y á Dios en la gloria deja!
Conque sin más circunloquios
vamos á entrar en materia.
¿Qué significa tu aviso
y sobre todo la urgencia?
LUISA. ¡Pues que estoy desesperada!
¡Que estoy muriendo de pena! (Sollozando.)

BALT. ¡Sosiégate!

LUISA. ¡Si no puedo!
¡Si es mi desgracia tan fiera!

BALT. ¿Pero, hija mía, tú crees
que llorando se remedian
nuestros males? ¡Vamos, habla!

LUISA. ¡Enrique!...

BALT. (Cortando el concepto.)
Está ya de vuelta:
lo sé. Acabo de encontrarle
á la entrada de la sierra.

LUISA. ¿Y os ha contado el suceso?

BALT. *Ce* por *be* toda la escena.
Que habéis sido sorprendidos
en vuestra plática tierna:
que el propio señor Alcalde
y su hijo, ¡valientes piezas!
han servido de soplones
y han atizado la hoguera.
¡Y que el guardián de la casa,
para coronar la fiesta,
le ha tirado al pretendiente
los trastos á la cabeza!
En fin, un día de viento
sin ninguna consecuencia.

LUISA. ¡Baltasar, qué error tan grande!

BALT. ¡Tú lo verás! La sorpresa
tarde ó temprano tenía
que suceder. Yo la hubiera
en tu lugar evitado,
descubriendo con franqueza
mi corazón al padrino
desde la ocasión primera.
Mas eres mujer y juzgo
muy natural tu vergüenza.

LUISA. Jamás hubiese abrigado
la más mínima sospecha,
de esa aversión implacable
que mi bienhechor sustenta
contra el desdichado Enrique,
y menos la causa de ella.

BALT. Aversión hereditaria.

¡También los odios se heredan!
Pero, Luisa, es necesario
que tu padre retroceda,
que desarráigue de su alma
pasión tan indigna y fea.

Luisa. ¡Soñáis con un imposible!

Balt. ¡Bah! (*Con sonrisa de esperanza.*)

Luisa. ¡Ni pensarlo siquiera!
Hace un instante, aquí mismo,
con las frases más enérgicas,
tras de poner á mis ojos
las razones manifiestas
de su negra antipatía
en una historia más negra,
exigióme la palabra,
y yo se la dí completa,
de renunciar á este amor,
¡mi único bien en la tierra!

Balt. ¡Mas como á nada se obliga
el que renuncia por fuerza!

Luisa. ¡Mi bienhechor me lo exige,
la gratitud me lo ordena,
lo he jurado y no haya miedo
que yo falte á mi promesa!
Y esto dicho, vais ahora
á saber lo que desea
de vos esta infortunada
y el por qué de tanta urgencia.
Yo devoraré sumisa
los rigores de mi estrella,
yo marcharé al sacrificio
sin exhalar una queja;
pero es también necesario
que Enrique se comprometa
á desistir para siempre
de su generosa idea,
estimando mi conducta
como un deber de conciencia.

Balt. Y quieres, ¡válgame el cielo!
¿que yo el encargado sea
de convencer á ese loco?

Luisa. Sí señor.

BALT. ¡Bonita empresa!
¡Y que no tiene el muchacho
poco dura la cabeza!

LUISA. ¡Pues le diréis de mi parte,
que si dócil no se presta
á secundar mis designios,
hará con su resistencia
que me refugie en un cláustro
y en el cláustro le aborrezca!

BALT. ¿Tú monja? ¿Estás en tu juicio?
¡Y cómo se relamiera
el sacristán del convento
donde cayese tal breva!
Suspende por un instante
ese turbión de lindezas,
y á la siguiente pregunta
acompaña la respuesta.
Quiero ver á tu padrino.
¿Sabes tú dónde se encuentra?

LUISA. ¿El padrino? ¿Para qué?

BALT. ¡Es un secreto! Dispensa.

LUISA. ¡Hablarle es perder el tiempo!

BALT. Yo haré... lo que más convenga.
(Sonriendo.)
¿No está en casa?

LUISA. No está en casa.

BALT. Volveré en cuanto anochezca.
¡Entre tanto voy á ver
si se prepara una celda
donde vivan... dos personas!
He dicho, y hasta la vuelta. (Medio mutis.)

LUISA. ¡Oh, qué singular contraste
de alegría y de tristeza!

BALT. ¡Te hace temblar una nube!

LUISA. ¡Que presagia una tormenta!

BALT. ¿No soy yo tu pararrayos?
¡Pues que estalle cuando quiera!
(Vase por el segundo término de la izquierda.)

ESCENA V

LUISA

(Acompañando con la mirada á Baltasar.)
¡Pobre Baltasar, si juzgas
tener bastante influencia,
para que á tu voz amiga
mi bienhechor obedezca!
¡Te equivocas, si haces gala
de confianza tan ciega,
pues desconoces de su odio
la intensidad y la fuerza!
(Aparece Gregorio por la puerta de la izquierda, primer término.)

ESCENA VI

LUISA y GREGORIO; luégo RAMONA

GREG. (Al entrar, con agradable sorpresa, reconociendo á Luisa.)
(¿Sola?... ¡Qué felicidad!)
LUISA. (¡Qué encuentro tan seductor!)
(Con disgusto al ver á Gregorio y dirigiéndose á su casa como para esquivar su encuentro.)
GREG. ¿Te retiras?
LUISA. Sí señor.
(Parándose y con acento natural.)
GREG. Espera; ten la bondad. (Luisa obedece.)
(Hay que hablar con mucho tiento,
(Como en actitud reflexiva.)
caminar grado por grado.
¡No se afecte demasiado
al oir mi pensamiento!
¡Ligar su suerte precaria
(Con prosopopeya; pero sin exageración.)
al esplendor de mi nombre!
¡Desposarse con un hombre
de estirpe tan nobiliaria!...

¡Va á ser su emoción tan honda,
tan inmensa su alegría,
que nada me extrañaría
que se cayese redonda!)

Luisa. (¿Vendrá á gozarse este necio
en mi triste situación?)

Greg. Luisa... (se abre la sesión.) (Aparte.
No ignoras que yo te aprecio.
(Con mucha amabilidad.)
Que fué siempre el ideal
de mi alma, constante y fijo,
el verte unida con mi hijo
en lazo matrimonial.
Mas puesto que él desdeñó
con ridícula simpleza,
todo el mérito y belleza
que el cielo te concedió;
(Movimiento de asombro y sonrisa de burla por parte de Luisa.)
y visto y considerando
que su aversión hacia Enrique
no es fácil que modifique
el bueno de don Fernando,
sólo existe, á mi entender,
un medio fácil, seguro,
de resolver tal apuro...

Luisa. ¿Cuál, si se puede saber?

Greg. (¡Aquí de mi diplomacia!
Entremos al abordaje
desplegando en el lenguaje
cierta seducción y gracia!)
Vincular su patrimonio
pensó un día tu padrino,
si entre huérfana y sobrino
se lograba un matrimonio.
¡Tú eres el sér á quien ama!
¡El único!
(Luisa hace un movimiento negativo con la cabeza.)
¡Sí por cierto! (Insistiendo.)
Pero la sangre en Roberto
sus privilegios reclama.

(Luisa da visibles señales de distracción.)
¡Y no sería moral
preterir injustamente,
á quien es su *causa habiente*
por línea colateral! (Transición.)
¿Te gusta como hablo yo?
(Con sonrisa de vanidad.)

LUISA. ¡Mucho! (Maquinalmente.)

GREG. ¿Comprendes?

LUISA. ¡Comprendo!
(Luisa baja la cabeza y se distrae nuevamente.)

GREG. Pues como íbamos diciendo...
¡No te me distráigas!
(Al observar la actitud de Luisa.)

LUISA. ¡No!
(Alzando la cabeza.)

GREG. ¡Tengo una sed sofocante!
(Llevándose la mano á la garganta.)
¿No das en el quid?
(Volviendo á reanudar el concepto, pasando por detrás de Luisa, aproximándose á la puerta de la casa y llamando.)
¡Ramona!

LUISA. ¡Soy tan torpe!

GREG. ¡Reflexiona!
(Aparece Ramona á la puerta.)
¡Un vaso de agua! ¡Al instante! (A Ramona.)
(Ramona se retira.)
(¡Precaverse es necesario
(Señalando á Luisa.)
contra un síncope!) (Alto.) Pues bien.
Yo que miro con desdén
todo lo que es nobiliario;
que imagino, considero,
y á mi vista no se esconde,
que un título de vizconde
es bambolla, sin dinero.
Que á pesar de la mancilla
que acompaña á un mal nacer,
(Luisa hace un gesto de altivéz.)
no puedo desconocer
la hermosura que en tí brilla.

¡Que Roberto, sin motivo
legítimo te rechaza,
y que al *otro* de la plaza
echó tu padre adoptivo!...
Necesitando, hija mía,
juntar hacienda y blasón,
¡yo un barco, tú un pabellón
que cubra la mercancía!...
Nos, don Fulano de Tal—
apellidos son en balde,—
casi vizconde y alcalde
de esta villa y su arrabal;
fiador y substituto,
padre de ese calavera
¡que quiso Dios que saliera
tan arrogante y tan bruto!...
Sintiendo tus amarguras
con la mayor caridad,
dando ejemplos de humildad
á las edades futuras,
en estilo dulce y llano,
(Saca el pañuelo del bolsillo.)
¡con lágrimas en los ojos!...
(Enterneciéndose de pronto y doblando con exageración cómica las rodillas poco á poco.)

LUISA. ¿Qué hacéis? (Sorprendida.)

GREG. ¡Cayendo de hinojos,
(Pone al mismo tiempo el pañuelo bajo las rodillas.)
te brinda su hidalga mano!
(Presentándole la derecha. Pausa brevísima.)

LUISA. ¿Vos? (Asombrada.)

GREG. Tutéame. (Con súplica apasionada.)

LUISA. ¿Es posible?
(Llevándose las manos á los ojos.)

GREG. ¡Desde hoy tu ventura empieza!
(Alzándose del suelo.)
¡Mas, Luisa, ten fortaleza! (Alarmado.)
¡No te muestres tan sensible!

LUISA. ¡Ay, á mí me va á dar algo!
(Sentándose en el banco y conteniendo la risa.)

GREG. ¡La maté!

(Asustado, yendo tras Luisa como á prestarle socorro.)

LUISA. (¡Me ahoga la risa!)

(Aparece Ramona á la puerta trayendo un vaso de agua en una bandejita.)

GREG. ¡El agua, Ramona, aprisa!

(Al ver á Ramona, toma el vaso con rapidéz y se lo ofrece á Luisa. Esta se levanta del banco y lo rechaza con sorna, marcando al mismo tiempo las palabras.)

LUISA. ¡Para vos... señor... hidalgo!

GREG. (Absorto y en actitud cómica, retrocediendo un poco con el vaso en la mano.)

¡Mil gracias! ¡No tengo sed!

LUISA. ¿Estáis ya fresco?

(Con sonrisa burlona y marcando.)

GREG. ¡Y tan fresco!

(De mal talante.)

LUISA. ¡Más vale así! (Con afectado interés.)

GREG. (¡No la pesco!) (Desconsolado.)

LUISA. (¡Pegadito á la pared!) (Señalando á Gregorio.)

GREG. ¡O esta (Por Luisa.) es loca rematada,

(Con enfado cómico.)

ó yo el más necio del mundo!

LUISA. ¡Lo segundo!... ¡Lo segundo!

(Suelta la carcajada.)

GREG. ¡Y suelta la carcajada! (Con mayor enfado.)

LUISA. ¡No la pude resistir!

(Conteniéndose un momento.)

GREG. ¡Qué chiste!... (Sonriendo con afectación.)

LUISA. ¿Negáis el chiste,
cuando en un día tan triste
lográis hacerme reir?

(Luisa se mete velozmente en su casa, soltando una nueva carcajada.)

ESCENA VII

GREGORIO; luégo FERNANDO, por la izquierda.

GREG. ¡Qué colmo! ¡Qué magnitud!

(Paseando con el vaso en la mano. Ramona, permanece quieta en el foro.)

¡Me rechaza!... ¡Me desprecia!...
¡Se ríe de mi virtud!...
¡Oh, mujer traidora y necia!
¡Oh, mónstruo de ingratitud! (Parándose.)
Descended de vuestra altura,
(Como hablando con el público.)
brindad posición y mano
á una humilde criatura...
¡á un miserable gusano!...
Y os pondrá en caricatura. (Marcando.)
¡Su castigo en plazo breve
(Llega Fernando por el segundo término.)
es necesario que lleve!
(Mirando hacia la puerta de la casa.)

FERN. ¿Qué te alborota? ¿Qué pasa?
(Sorprendido por las palabras de Gregorio y avanzando.)

GREG. ¡Oh, la indignación me abrasa!
(Como si no reparase en su interlocutor. Luégo de pronto le alarga el vaso.)
¡Yo me entiendo! Toma, bebe.

FERN. ¡Muchas gracias!
(Con sequedad y rechazando el vaso.)

GREG. Haces bien,
y no insisto más. ¡Ramona! (Llamando.)
¡Recoge este vaso! ¡Ten
(Ramona le acerca la bandeja.)
el símbolo del desdén,
(Colocándolo en la bandeja.)
que aún ofende á mi persona!
(Ramona vuelve á entrar en la casa.)

FERN. Pero... ¡voto á Satanás,
(Con impaciencia y acritud.)
con una legión de duendes!
¿hablarás, ó no hablarás?

GREG. ¡Todo, todo lo sabrás,
ya que saberlo pretendes!
Quiero que seas mi juez.
Que aprecies bien el contraste
que forma con mi honradéz

la diabólica altivéz
del querubín que adoptaste.

FERN. ¡Gregorio!... (Con tono amenazante.)

GREG. ¡Estoy saturado
(Alzando también el tono.)
de razón!—Te lo prevengo,
queridísimo cuñado!—
Oye, pues, lo que ha pasado
y los motivos que tengo
Doliéndome de que un hijo,
pueda, por desobediente,
perder su herencia...

FERN. ¡De fijo!
(Interrumpiendo.)

GREG. Yo que el remedio colijo,
he pensado lo siguiente:
Puesto que aquí lo esencial,
lo que urge, lo que precisa,
es un marido formal
que no eche de ver en Luisa
su pecado original,
¿si yo me hallase propicio
—en reemplazo de Roberto
que obra con tan poco juicio,—
á imponerme el sacrificio
que él rehusa?...

FERN. ¿Será cierto?
(Con asombro

GREG. ¡Y tan cierto!

FERN. ¿Tú el galán?
(Con sonrisa burlona.)

GREG. ¡Qué! ¿No te gusta mi plan?
¿No es una idea muy sabia?

FERN. ¡Muchísimo!... ¡Acabarán
por meterte en una gavia!
(Entra en su casa.)

ESCENA VIII

GREGORIO, solo.

¡Otro estúpido! ¡Canario,
esto es ya desesperante!
(Se oye á la izquierda y no muy cerca un repique de campana de torre.)
¡La campana del Rosario!
(Al oir el repique.)
¡Aquí termina el amante
y comienza el funcionario!
(Vase por la izquierda. A este punto del acto comienza á anochecer. Queda la escena sola un instante. Preludio en la orquesta Aparece Enrique bajando por la derecha, segundo término, y llega silencioso hasta el foro)

ESCENA IX

ENRIQUE, solo.

MUSICA

¡Con valor no me siento
(Avanzando un poco.)
para vivir!
¡Quiero verla un momento,
luégo morir!
(Avanzando más y sacando una pistola del bolsillo, que contempla con una alegría feróz.)

—

¡Ya el arma destructora
conmigo va!
¡Lenitivo á mis penas
ella será!

—

¡No quiso el cielo

dar á mi sér
tanto consuelo,
tan dulce bien!
¡Antes, Dios mío,
de perecer,
verla yo ansío
la última vez!

—

¡Cuán rápidas pasaron
las horas de mi amor!
¡el sol de mi esperanza
cuán pronto se nubló!
¡Sin duda que una horrible
y fiera maldición,
arrastra mi existencia
en brazos del dolor!

—

A ese padre adoptivo,
¿quién vencerá?
¡Cada vez más altivo
se mostrará!

—

¡Con valor no me siento
para sufrir!
¡Quiero verla un momento,
luégo morir!

—

¡Si el ídolo me roban
que amé con ciego afán,
la vida miserable
no quiero soportar!
¡Sin ella, sin mi Luisa,
el mundo horror me da!
¡Prefiero una y mil veces
la muerte á tanto mal!

—

No quiso el cielo
dar á mi sér
tanto consuelo,
tan dulce bien.
¡Antes, Dios mío,
de perecer,

verla yo ansío
la última vez!

(Las luces de Nápoles comienzan ya á resplandecer á lo lejos. (Pausa conveniente. Aparece Fernando á la puerta de su casa trayendo por la mano á Luisa y le dice aparte y señalando á Enrique, que permanece vuelto de espalda y en actitud reflexiva.)

ESCENA X

ENRIQUE, LUISA y FERNANDO

FER. (Sal á su encuentro
sin vacilar,
corre á intimarle
mi voluntad;
opta por uno
de entre los dos...
¡y cuida mucho
de tu elección!)

(Se retira de la puerta.)

—

LUISA. (Avanza un poco visiblemente agitada. Luégo queda silenciosa y perpleja.)
(¡Debo sus órdenes
obedecer!)

—

ENR. (Con alegría al ver á Luisa y corriendo hacia ella).
¡Ella! ¡Mi Luisa!

—

LUISA. (Sin hacer caso de Enrique y con acento amargo.)
¡Qué le diré!

—

ENR. (Al observar el movimiento desdeñoso de Luisa.)
¡Ah, me niegan tus ojos
su límpida mirada!...
¡Me ocultas entre enojos
tu rostro encantador!...
¡Si hay lucha en tu conciencia,
suspéndela un instante

y dicta mi sentencia,
la espero con valor!

—

LUISA. (Mirando á Enrique y llena de emoción.)
¡Comprende mis angustias
y evítame el hablar!
¿Qué quieres que yo diga
que tú no sepas ya?

—

ENR. (Con ira reconcentrada y marcando.)
¡Promesas muy recientes
te puedo recordar!

—

LUISA. ¡Promesas imposibles (Con tono suplicante.)
que debes olvidar!

—

ENR. ¿Olvidar?... ¡Ingrata!
¿Juzgas que podré? (Con vehemencia.)
¡Mas de qué asombrarse,
si es al fin mujer! (Sonriendo con amargura.)

—

LUISA. (Con gran desconsuelo.)
(¡No es capáz en su locura
de mostrarme compasión,
y redobla la tortura
de mi negra situación!
¡Afrontar debo en seguida
sacrificio tan cruel,
aunque triste y dolorida
grite el alma: ¡piensa en él!)

—

ENR. (¡Ver su presa ya segura (Desesperado.)
puede el odio en su traición
y en su horrible calentura
devorar mi corazón!
¡Quién resiste á tal herida!
¡Quién soporta tanta hiel!
Hasta el cabo de mi vida
le seré constante y fiel.)
(A la izquierda del escenario comienza á notarse ya un ténue resplador de luna que riela también el Golfo. Se oyen á lo lejos, pero distintamente,

el rezo de una multitud que se irá aproximando poco á poco por la izquierda, segundo término.)

CORO. De nuestra muerte...
amén, Jesús.

—

LUISA. ¡Ve que se acerca (Al oir el rezo.)
la multitud!

—

ENR. ¡Un solo abrazo (Con vehemente pasión.)
dame por Dios,
en despedida
de tanto amor!

(Quedan unidos en estrecho abrazo mientras canta el Coro, siempre á conveniente distancia la siguiente estrofa.)

—

CORO. Dios te salve, María,
esposa idolatrada,
que al Redentor del mundo
llevaste en las entrañas.
Del cielo y de su gloria
escala es tu virtud.
¡Bendita eternamente
la madre de Jesús!

—

LUISA. (Haciendo un esfuerzo supremo.)
¡Separémonos pronto;
Enrique, ten valor!

ENR. ¡Ah, sí; no prolonguemos
tan triste situación! (Idem.)

(Luisa y Enrique cogidos de las manos y aproximándose á la batería.)

À DUO

ENR. Adiós, tesoro
de mi cariño,
te compadezco,
no te maldigo.
¡Voy con mis penas
á batallar!...
pero á olvidarte,

¡eso, jamás!

LUISA. De tí me roba,
dulce bien mío,
la fiera mano
de mi destino.
¡Mas yo te juro,
sin vacilar,
no ser esposa
de otro jamás!

(Subiendo un poco hacia el foro.)

—

¡De separarnos
la hora llegó!...
¡Adiós, por siempre!
¡Por siempre, adiós!

(Luisa se desprende de los brazos de Enrique, corre á su casa, se mete en ella y cierra la puerta.)

ESCENA XI

ENRIQUE, solo.

MÚSICA

(Pausa conveniente.)

¡Vivir... vivir sin ella! (Desesperado.)
¡No tal! ¡No puede ser!
¡Tormentos y agonías
terminen de una vez!

(Saca precipitadamente la pistola, y al tiempo de amartillarla se lleva la mano izquierda á la frente como sintiendo un vértigo repentino.)

¡Mi vista se nubla!...
¡Me mata el dolor! (Vacilando.)
¡Oh, gracias, Dios mío,
por tanto favor!

(Sentado en el banco con la cabeza y el brazo apoyados sobre el respaldo. La pistola que lleva en la mano se le desprende y cae también á sus piés.)

CORO. (Este canto se oye más cerca.)
¡Con lazos de esperanza
tu nombre celestial,
en nuestros corazones
unido siempre está!

(El resplandor de la luna es un poco más intenso. Aparece Roberto por la izquierda, primer término, silencioso y visiblemente preocupado. Pausa conveniente.)

ESCENA XII

ENRIQUE y ROBERTO

(Acompañamiento de orquesta muy piano.)

ROB. Lo dicho... no hay más salida.
(Avanzando un poco.)
Demos el último paso
antes de que llegue el caso
de atentar contra su vida.
(Avanza un poco más.)
¿Consentiré, ¡voto á tal!
en mi perdición? Comprendo
que me roban... ¡me defiendo!
No hay cosa más natural. (Resolviéndose.)
Ya es de noche. ¡Vamos, pues!
(Se dirige à casa de su tío; mas antes de llegar á la puerta repara en Enrique, que permanece inmóvil.)
¡Eh! ¿Quién diablos está ahí
sobre el banco? ¡Enrique... sí!
(Aproximándose y reconociéndole, recoge la pistola.)
¡Una pistola á sus piés!
(Con sorpresa y asombro.)
El enigma de este enredo (Transición.)
no es difícil de explicarse.
¡Este vino aquí... á matarse
(Con sonrisa burlona.)
y se desmayó... de miedo!
(Se abre la primera ventana de la fachada principal de la casa de Fernando más próxima á la es-

quina en que está incrustado el banco de piedra y por entre la reja brota un resplandor rojizo que debe contrastar con el blanquecino de la luna.)

¡Hola! ¿Se abre una ventana?

(Aproximándose con cierta precaución y mirando por ella.)

¡Oh, mi tío!...

(Al reconocerlo, con alegría feróz y retrocediendo.)

¡Si ahora yo

(Contemplando la pistola.)

disparase!... ¿Por qué no?
¡Todo Lucifer lo allana!

(Luchando consigo mismo.)

¿Qué, vacilas, miserable?
¿No tienes la impunidad,
la noche, la soledad...

(Señalando á Enrique.)

y el editor responsable?

—

CORO. (Casi inmediato á las cajas.)

Dios te salve, María,
llena eres de gracia,
los justos te bendicen,
los ángeles te cantan.
Estrellas son tus ojos
de nuestra salvación.
¡Gloriosa una y mil veces
la Madre del Señor!

(Durante la anterior estrofa se manifiesta de nuevo la lucha en el alma de Roberto. En este momento se verifica el cambio de pistola aproximándose Roberto á la tercera caja de la derecha.)

—

ROB. ¡Siento un terror infinito!
¡La frialdad de un sudario!
¡Qué contraste! ¡Allí el Rosario!...
¡Aquí tan cerca el delito!
¡Cesa, cesa de latir (Oprimiéndose el pecho.)
y no me estorbes, conciencia!
¡Se trata de mi existencia!
¡Defiendo mi porvenir!

(Hace un esfuerzo supremo, amartilla la pistola, se

acerca á la ventana, dispara, arroja después el arma y se va corriendo por la izquierda, primer término. A la explosión del tiro se apaga repentinamente la luz de la ventana.)

ESCENA XIII

LUISA, ENRIQUE, FERNANDO, GREGORIO, dos Alguaciles y CORO GENERAL

LUISA. (Al sonar el tiro.)
¡Oh, Virgen santa!
(Dentro, grito de espanto.)

ENR. (Al oir la explosión, volviendo del desmayo, dando un grito y levantándose del banco despavorido.)
¡Dios de bondad!

LUISA. (Llamando y saliendo á escena en medio del mayor terror, seguida de Fernando.)
¡Favor!... ¡Socorro!...

GREG. (Dentro y á la izquierda.)
¡Pronto, volad!
(Viene Gregorio apresuradamente por el segundo término de la izquierda, acompañado por dos Alguaciles y en medio del Coro general.)

—

CORO. Algún horrendo crimen
quizá se perpetró.
Aquí ha sonado el tiro,
decid, ¿quién disparó?

FERN. ¡Una mano traidora
cobarde y criminal,
llegándose á esta reja (Señalándola.)
me quiso asesinar!

—

GREG. ¿Quién es?

CORO. ¿Cómo se llama?

FERN. (Mostrando á Enrique, que permanece á la derecha vuelto de espalda.)
¡Fijad la vista allí!
¡Mas no, que el rostro esquiva

el asesino vil!

(Enrique presenta la cara con altivéz.)

CORO. ¡Enrique! (Al reconocerlo y con asombro.)

ENR. ¡Y yo rechazo
tan fiera acusación,
y pongo por testigo
de mi inocencia á Dios!

CORO. (¿A quién, á quién de entrambos
dar crédito y dar fe?)

FERN. ¡El cuerpo del delito
mirad aquí á sus piés!

(Recoge la pistola del suelo, la muestra en alto al Coro y se la entrega á Gregorio.)

ENR. (¡Yo me confundo!) (Anonadado.)

LUISA. (¡Dí la verdad!)

(A Enrique con ansiedad.)

ENR. (Dobla la cabeza abrumado y confuso.)
(¡Oh, qué maldita
fatalidad!)

—

FERN. (Al Coro y señalando á Enrique con sonrisa de triunfo.)
¡Ved el aspecto
del criminal,
con su conciencia
no puede ya!

—

CORO. (Examinando á Enrique y en tono de murmuración.)
(¡Dobla la frente...
mala señal!
¡Pasma en un joven
tanta maldad!
Pero el motivo,
¿no se sabrá?
¡Oh, qué sospecha,
Luisa quizás!...)

—

GREG. ¿El arma reconoces?

(Presentando la pistola.)

LUISA. (¡Enrique!)

(Aparte á Enrique viendo que vacila.)

GREG. ¿Es tuya?

(Con cierta solemnidad.)

ENR. (En un arranque de orgullo.)
¡Sí!
¡Es mía, lo confieso,
pues yo no sé mentir!

—

CORO. (El crimen le remuerde,
le toca el corazón
y no ve que se pierde
con tal declaración.) (Murmurando.)

—

(¡Qué lástima que un chico
tan joven, guapo y rico
vencer no haya logrado
su amante frenesí:
que ciego y despechado,
sin juicio ni cautela,
por una coquetuela
se nos malogre así!)

ANDANTE

ENR. (¿Quién de este enigma misterioso
el denso velo rasgará?
¡Brilla un instante, Dios piadoso,
con tu justicia celestial!
¡Cuando á morir me disponía
un fiero vértigo sentí!...
¡Mas ya repuesto, juraría
que alguien habló cerca de mí!)

—

LUISA. (Infranqueable una barrera
entre los dos existe ya;
ni la esperanza más ligera
debo desde hoy alimentar.
¡A tan feróz alevosía
nunca dispuesto lo creí!...
¡Mas no! ¡Imposible! ¡El alma mía
en su defensa late aquí!)
(Llevándose la mano al corazón.)

—

FERN. (A los rigores de su estrella

desde hoy la quiero abandonar.
¡Ya que este crimen fué por ella,
cargue con ella el criminal!
¡Oh, quién pensara! ¡Quién diría
que la que un tiempo recogí,
era una flor que contenía
tantas espinas para mí!)

—

GREG. (De no haber sido descubierto
este cupido celestial, (Por Enrique.)
llega tal vez contra Roberto
mi buen cuñado á sospechar.
Si cuando honrarla pretendía (Por Luisa.)
sólo desdenes merecí...
¡justo es que yo también me ría
de lo que está pasando aquí!)

—

CORO. (Que esa tontuela es la culpable (Por Luisa.)
no me es posible ya dudar,
y ella ser debe responsable
de la conducta del galán.
¡Bien su tutor decir podría!...
«¡Vaya una ganga! ¡Me lucí!
»¡Su ingratitud no presentía!
»¡Raza de cuervos recogí!)»

—

ENR. ¡Protesto nuevamente
de tal acusación! (Dirigiéndose al Coro.)
¿Dudáis de mi inocencia?
(El Coro guarda silencio.)
¿Tú también? (Volviéndose hacia Luisa.)
LUISA. (Abrazándose á Enrique con efusión.)
¡Ah, yo no!
ENR. ¡Pues mientras tú no dudes (A Luisa.)
de mi veracidad,
me importa un bledo el juicio
que formen los demás!
(Rumor de protesta en el Coro.)
GREG. (A los Alguaciles por Enrique.)
¡Corriendo... unas esposas
y sujetadlo bien!
FERN. ¡Alto! (Conteniendo á los Alguaciles.)

¡Señor Alcalde, (A Gregorio.)
yo aquí ser debo el juez!
(Gregorio inclina la cabeza en señal de asentimiento.)
Al reo de una hazaña
tan torpe y criminal, (Al Coro.)
(Mirando á Enrique de reojo.)
con el mayor desprecio
lo dejo en libertad.

—

CORO. (¿Lo deja en libertad? (Con extrañeza.)
¡No es mala necedad!)
FERN. ¡Y al par un gran regalo (Al Coro.)
también le pienso hacer!...
¡La mano de esa ingrata,
(Señalando á Luisa.)
su cómplice tal vez!
LUISA. (Llevándose las manos á los ojos y cayendo sentada en el banco.)
¿Yo? ¡Jesús!
ENR. (Acudiendo á prestarle socorro.)
¡Luisa mía!
CORO. ¡Su cómplice, gran Dios! (Con horror.)
GREG. (¡La arroja de su lado! (Con alegría.)
La herencia se salvó.)

—

ENR. (A Fernando con altivéz.)
¡Yo no admito, yo no quiero
ni perdón ni caridad,
pues seguro el día espero
en que brille la verdad!
¡Que mañana arrepentido
lloraréis vuestro rigor,
de haber hoy así ofendido
á la prenda de mi amor! (Señala á Luisa.)

ALEGRO

LUISA. (Aproximándose á la batería.)
¡Locura terrible!
¡Sospecha cruel!

Parece increible
tal vértigo en él. (Por Fernando.)
Si el cielo se hundiera
con ronco fragor,
de fijo no fuera
mi asombro mayor!

—

FERN. (¡Si el daño es horrible,
la pena es cruel,
pues todo es posible
viviendo con él! (Por Enrique.)
¡No sabe la artera,
no vé que el amor,
de herida tan fiera
será el vengador!

—

ENR. (¡Su cólera horrible
le inspira Luzbel,
y su odio invencible
destílase en hiel!
¡Cuán pronto sintiera
mi justo rencor, (Por Fernando.)
si yo le pudiera
sacar de su error!)

—

GREG. (¡Sonríe apacible,
Roberto cruel,
que en mar bonancible
ya entró tu bajel!
¡Si hoy hallas manera (Por Fernando.)
de hacerle el amor,
difícil no fuera
vencer su rigor!)

—

CORO. (¡Castigo terrible
le impone al doncel! (Con sorna.)
¡Decid si es posible
más lindo papel.
Si no conociera
su inmenso dolor,
¡qué á gusto riera (Por Fernando.)
del pobre señor!)

(Terminado el alegro, Luisa se encara con Fernando, apostrofándole con amarguísimo tono.)

—

LUISA. ¿Me lanzáis de vuestro lado
con tan fiera crueldad?
FERN. ¡Sí, traidora!
LUISA. ¡Dios sagrado!
¿Y á la vez me deshonráis? (Con disgusto.)
ENR. ¡Ven por siempre, Luisa mía,
(Ofreciéndole la mano.)
de mi casa reina á ser!
LUISA. (Rechazándole con dignidad.)
¡Nunca, nunca, en rebeldía!
¡Para mí, primero es él!
(Señalando á Fernando.)
ENR. ¡Oh! (Con profundo desaliento.)
LUISA. (Da algunos pasos maquinalmente, manifestando la mayor ansiedad. Pausa brevísima.)
¿Dónde ocultarme?
¿En quién confiar?

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS y BALTASAR, que aparece por la izquierda en escena, abriéndose paso por entre la masa de gente que ocupa el foro.

BALT. ¿En quién? ¡En mis brazos! (Abriéndolos.)
LUISA. ¡Ah, sí! (Con gran júbilo arrojándose en ellos.)
CORO. (Con asombro.) ¡Baltasar! (Pausa breve.)
BALT. (A Fernando con sonrisa amarga.)
¿A tal punto el odio
tu vista cegó?
¿No hay presentimientos
en tu corazón?
(Volviéndose de repente y encarándose con Gregorio, que se hallará colocado á la izquierda de Baltasar.)
¡Del crimen perpetrado
hace un instante aquí,
el nombre del culpable,

señor alcalde, oíd!

—

CORO. ¿El nombre del culpable?... (Con asombro.)
GREG. ¡Silencio! (Al Coro.) Proseguid: (A Baltasar.)
BALT. (A Gregorio marcando las palabras.)
¡En vuestra propia casa
se oculta el criminal! (Sorpresa general.)
GREG. ¿En mi casa?... (Con profunda extrañeza.)
ENR. (¡Oh, qué sospecha!)
LUISA.
FERN. } ¿Roberto?
CORO.
BALT. ¡Sí, cabal! (Con resolución y energía.)

—

TODOS menos BALT.
(Avanzando hacia la batería.)
¡Roberto el delincuente!
¡Roberto el criminal!
¿Quién sabe si es calumnia?
¿Quién sabe si es verdad?

—

BALT con TODOS.
(Cerrando el acto.)
¡Yo sé que no es calumnia!
¡Yo digo la verdad!
Luisa y Enrique se abrazan á Baltasar. Gregorio queda inmóvil y estupefacto. Fernando se dirige á su casa visiblemente preocupado y el Coro desaparece por el segundo término de la izquierda.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Gruta de estalactitas y estalacmitas con rompimiento al foro; galería en segundo término y puerta en la primera caja. A la derecha, y casi á la mitad del escenario, una especie de retablo caprichoso con un Cristo de talla de regulares proporciones, hecho todo de estalactitas, procurando el pintor al reproducir la naturaleza, aunque prodigiosamente, no apartarse de la verosimilitud: dos faroles de vidrios de colores incrustados en las columnas del retablo, que lucirán y se apagarán cuando lo exija la situación. Cerca del mismo retablo, y á su derecha, una hornacina, también natural y de unos tres metros de elevación, con una abertura en la parte superior, por donde cuelga una cadena, que hará á su tiempo sonar una campana. Un taburete de madera también á la derecha y próximo al muro de la primera caja. Al levantarse el telón los faroles del retablo se hallan encendidos, la pnerta izquierda cerrada y la escena solitaria.

PRELUDIO MUSICAL

Terminado el preludio, llega Baltasar por la izquierda, segundo término, silencioso y visiblemente preocupado.

ESCENA PRIMERA

BALTARAR, solo.

PLEGARIA

No puedo un sólo instante
el sueño conciliar,
y mi alma palpitante
se abrasa de ansiedad.
¡Oh, noche de agonía,
cuán larga para mí!
¡Oh, luz del nuevo día,
no tardes en venir!

—

¡El cielo se nubla!
¡Agítase el mar!
¡Por dentro y por fuera
la intranquilidad!
(Se abre la puerta de la izquierda y aparece Luisa.)

ESCENA II

BALTASAR y LUISA

HABLADO

LUISA. ¡Baltasar! (Saliendo.)
BALT. (Aproximándose á Luisa.)
¿Ya estás despierta?
LUISA. Ya lo veis.
BALT. ¡Poco has dormido!
LUISA. ¡Y ese poco entre congojas,
pesadillas y delirios!
¿No amanece todavía?
¡Qué noche!.. parece un siglo!
(Pausa y transición.)
BALT. Dí, ¿no te place esta gruta?
La verdad.

LUISA. (Haciendo un esfuerzo por dominarse y respondiendo con amable tono.)
¡Es un asilo
sorprendente!

BALT. ¡Su arquitecto
la naturaleza ha sido,
y como obra de sus manos
es, hija mía, un prodigio!
Pero lo más asombroso
que atesora este recinto
es el altar que estás viendo (Señalando.)
y sobre todo ese Cristo, (Lo mismo.)
que parece una escultura
del siglo décimo quinto.

LUISA. ¿Y esa corona de abrojos?

BALT. Ese fué trabajo mío,
que con estos dos faroles
(Señalándolos también.)
forman todo el artificio.

LUISA. ¿Y á quién, Baltasar, debísteis
la propiedad y el dominio
de esta mansión misteriosa?

BALT. ¡A un camarada y amigo,
que llegó desde soldado
á general y ministro!
Yo era sargento primero
cuando pedí mi retiro,
con derecho á una pensión
por dos cruces y tres chirlos.
Harto ya de campamentos
busqué la paz con ahinco,
dióme el Gobierno esta gruta
y me consagré á los vivos.
Aquí establecí un refugio
de pobres y desvalidos,
y va ya para treinta años
que yo la sustento y cuído
con los dones y limosnas
que de estos pueblos recibo.

LUISA. ¿Y cómo estando tan cerca
de nuestra villa este sitio,
jamás que lo visitase

quiso mi padre adoptivo?

BALT. (Con tono grave y marcando.)
¡Misterios, hija, misterios!

LUISA. ¡Hablad! (Con ansiedad.)

BALT. ¡Más tarde!

LUISA. ¡Dios mío!
(Contrariada y anhelante. Pausa.)

BALT. ¡Ven, acércate á mi lado
(Con amabilidad, tomándola de la mano.)
y ten calma! Necesito
que me escuches un momento
con el corazón tranquilo.

LUISA. ¡Haré todo lo posible,
aunque no lo garantizo.

BALT. ¡De que es Roberto el culpable
ha de quedar convencido
todo el mundo!

LUISA. ¿Y la justicia?

BALT. ¡También!

LUISA Un solo testigo
no constituye una prueba.

BALT. ¡Son tan claros los indicios!
Además, tengo pensado
el recurrir á un arbitrio,
para que cáiga ese infame
á mis plantas confundido.

LUISA. No es tan fácil. (Con sonrisa incrédula.)

BALT. ¡Ya veremos!

LUISA. ¡La osadía y el cinismo
son armas en él terribles!

BALT. ¡No para luchar conmigo
cuando me inspiran los cielos
y tengo á Dios en mi auxilio! (Transición.)
Todo malvado, hija mía,
suele ser á un tiempo mismo
supersticioso y cobarde.
El que juzgas más impío,
es el más crédulo en punto
á milagros y prodigios.
Acontece con frecuencia
que un bandolero asesino,
que desafía en lo humano

las horcas y los suplicios,
al ver un humilladero
en la margen de un camino,
se le doblan las rodillas
y temblando como un niño,
eche la convulsa mano
á su sangriento bolsillo,
y mientras dócil murmura
una oración muy contrito,
soslayando la mirada
ante la imagen de un Cristo,
un puñado de monedas
deposite en el cepillo;
pues sabe que si en el mundo
queda impune algún delito,
¡no se le escapa al de arriba,
(Señalando al cielo.)
porque ese Juez es muy listo
y tiene una gran memoria,
y sin corchetes ni esbirros
llama un día al delincuente
y le impone su castigo.

LUISA. Es verdad: pero se trata,
Baltasar, de un descreído
que así como de lo humano
se mofa de lo divino.

BALT. No lo creas.

LUISA. Tiempo al tiempo.

BALT. ¿Quién entra?

LUISA. (Al ver á Enrique y como tratando de ocultarse en el aposento de la izquierda.)
(¡Enrique! ¡Dios mío!)

ESCENA III

DICHOS y ENRIQUE

ENR. (Sorprendiendo la intención de Luisa y apostrofándola con amargura.)
¡Luisa, si es que mi presencia
no se te ha hecho insoportable,

sé por un momento amable,
ten un poco de paciencia!
¡Cuando pruebe mi inocencia
delante de tu padrino,
podrás elegir camino
conforme á tu pensamiento,
sin que se oponga á tu intento
el corazón de un marino!

LUISA. (A Baltasar, por Enrique.)
¿Lo escucháis?. . ¡Dios poderoso!

BALT. (Con tono humorístico.)
¡Bah! no hagas caso, hija mía.
¡Este viene como el día,
muy cerrado y tempestuoso!

ENR. ¡Es que su aire desdeñoso
me hiere como un puñal! (Por Luisa.)

LUISA. ¿Yo desdeñarte? (A Enrique con asombro.)

ENR. ¡Sí tal! (Insistiendo.)

BALT. ¡Silencio!
(Gritando con autoridad.)

ENR. Estoy convencido...

LUISA. (Interrumpiendo y adivinando el concepto.)
¡De que nunca te he querido!
¡Acaba!

BALT. (Gritando más.) ¡Punto final!
¡Hombre, tendría que ver
que un plan tan bien combinado,
por armar un altercado
lo echásemos á perder!

ENR. Dispensad. (Con humildad.)

BALT. ¡Hay que tener
mucha cautela! (Transición.) ¿Y la gente?
(A Enrique.)

ENR. Ya está avisada.

BALT. Corriente.
(Como hablando consigo mismo.)
¡Pues señor, es necesario
que se cante aquí el rosario
y que lo oiga el delincuente!
(Transición y en una actitud solemne.)
¡Ahora, vamos á tratar
en reserva de otro asunto!

(A Luisa, sentándose en el taburete que habrá separado un poco del muro.)
¡De tu pasado!

LUISA. ¡Ah, sí, al punto!
(Echándose á los piés de Baltasar.)
¡Gracias, gracias, Baltasar!

BALT. Ven tú también á escuchar, (Á Enrique.)
si es tu pasión verdadera,
si ha de ser tu compañera
la que es hoy tu prometida,
del secreto de su vida
una historia lastimera.
(Enrique pasa á la derecha. Luisa permanece de hinojos apoyándose sobre las rodillas de Baltasar.)
¡En esta mansión sagrada (Con solemnidad.)
y en ese recinto estrecho,
(Señalando al de la izquierda.)
Luisa, sobre el mismo lecho
en que estuviste acostada,
una madre infortunada
su último aliento exhaló!...

LUISA. (Alzándose del suelo, interrumpiendo á Baltasar y con acento rápido.)
¡La mía! ¿Y quedéme yo
á merced de vuestro amparo? ..
¡Ahora sí que veo claro
lo que mi mente soñó!

BALT. (Confuso y asombrado, alzándose también del banco.)
¿Qué dices?

LUISA. ¡Es portentoso!
¡No os podéis formar idea!
¡Murió allí... y aún aletea
su espíritu cariñoso!
¡Quizá clemente y piadoso
Dios, que contempla mi anhelo,
quiso darme algún consuelo
en trance tan apurado!...
¡Decid si lo que he soñado
no es un milagro del cielo!
(Con acento descriptivo.)
Anoche, cuando pisé
esta religiosa estancia,

un recuerdo de la infancia
que me asaltaba noté.
Desde el Cristo á quien recé
con angustia y frenesí
hasta ese lecho que allí
(Señalando á la izquierda.)
bienhechor se me ofrecía,
nada, nada me decía:
«Esto es nuevo para tí.»
Ceder quise á vuestro empeño
y me acosté con presteza,
y al fin gozó mi cabeza
de un poderoso beleño.
De repente, allá en mi sueño,
rasgando el negro capúz,
surge inundada de luz
una mujer misteriosa...
¿Qué digo? ¡La Dolorosa
arrancada de la Cruz!
Se aproxima hacia mi lecho,
llega, se postra de hinojos,
clava en mis ojos sus ojos,
pone en mi pecho su pecho,
me oprime en abrazo estrecho
y en su falda me coloca,
me hiela cuando me toca,
me abrasa cuando me mira,
gime, solloza, suspira,
y me da un beso en la boca.
¿Qué me presagia y advierte
aquella noble figura,
que lleva por vestidura
el sudario de la muerte?
¿Por qué se mezcla á mi suerte
y exclama con aflicción:
«¡Hija de mi corazón,
(Con tono tierno y solemne.)
»no me niegues un abrazo
»y recibe en mi regazo
»la maternal bendición!
»¡Aquí el alma á Dios rendí!
»¡Baltasar tu apoyo ha sido!

»¡Mas hoy te uno al sér querido
»que se halla detrás de mí!...»
¡Y te señalaba á tí,
(A Enrique y con creciente rapidéz.)
que con alegre semblante,
colocándote delante
y la rodilla doblando,
yo de emoción palpitando,
tú de gozo delirante,
pronunciamos de seguida
esa sencilla palabra
que un lazo perpétuo labra
y encierra toda una vida!... (Transición.)
Mas ¡ay! ¡qué horrible caída
dió al despertar contra el suelo
el amor que alzó su vuelo
por tal ficción engañado!...
¡Decid si lo que he soñado (Otra transición.)
no es un milagro del cielo!
(Pausa conveniente.)

BALT. (Toma las manos derechas de Enrique y Luisa, las junta y las bendice.)
¡Las manos sin vacilar!
¡Yo vuestra unión ratifico!
(¡Oye, Enrique, al primer chico (Aparte.)
Le ponemos Baltasar!)

LUISA. ¡Silencio! (Señalando al foro.)

BALT. ¡No hay que temblar
ni aunque venga un regimiento!
Tú, (A Enrique) volando á ese aposento.
(Por el de la izquierda. Entra Enrique y cierra la puerta.)
Tú, (A Luisa.) por esa galería.
(Por la izquierda, segundo término.)
Y quede para otro día
el desenlace del cuento.
(Vase Luisa. Pausa conveniente. Aparece Fernando por el foro de la derecha.)

ESCENA IV

BALTASAR y FERNANDO

FERN. ¡Guárdete Dios!
BALT. ¡Qué Él nos guarde!
FERN. ¡No te asombre mi presencia,
pues me abruma la impaciencia,
Baltasar, desde ayer tarde!
¡Toda la noche pasada
fué un tormento para mí!...
No tuve aguante y salí
antes de la madrugada. (Transición.)
Me sentaré, porque me hallo
de cuerpo y alma rendido.
BALT. ¡Allí! (Señalando al taburete.)
FERN. Ni calma he tenido (Sentándose.)
para embridar un caballo.
¡Por cierto que hay cerrazón
(Se oye un lejano trueno.)
y amanece con tormenta!
BALT. Sí; mal día se presenta.
(Marcando las palabras.)
FERN. ¿Lo dices con intención? (Picado.)
BALT. ¡Dios me libre!
FERN. Pues dejemos
de fingir, si te parece,
y hablemos como merece
nuestra amistad. (Se levanta del taburete.)
BALT. Pues hablemos.
FERN. ¡Baltasar, dí por favor!
¿Hay algo que justifique
de ese condenando Enrique
la inocencia?
BALT. Sí señor.
FERN. ¿Insistes de nuevo?
BALT. Insisto
en acusar á Roberto.
FERN. ¿Estás seguro?
BALT. Tan cierto

como si lo hubiera visto.
Anoche y á la sazón (Con tono descriptivo.)
de ocurrir el atentado,
Roberto pasó á mi lado
con gran precipitación.
Sonó el tiro, y en lugar
de acudir con diligencia
al sitio de la ocurrencia,
él se apresura á escapar
volando... Yo que tal ví,
díjeme:—Revela claro,
al huir, que ese disparo
fué obra suya... Y lo seguí.
Da la vuelta, díla yo,
sube la cuesta, la subo,
mira, os ve y exclama:—¡Tuvo
gran fortuna!—y añadió,
jurando como un reptil
y con tono de desprecio:
«¿Si habrá cargado ese necio
»el arma sin proyectil?»
Se desliza de la cuesta,
baja, tropieza conmigo,
comprende que soy testigo
de su traición manifiesta,
trata de evitar el lance,
se aparta á un lado, me esquiva,
toma por la calle arriba,
vóile también al alcance;
hasta que llega á su casa,
llama, le abren, entra en ella,
y yo, como una centella,
seguro de lo que pasa,
corro ansiando publicar
el nombre de ese maldito,
que lleva á cabo un delito
de modo tan singular.
Se preguntará tal vez:
—«¿Cómo tener pudo á mano
el arma de Enrique?»—Es llano.
¡Nada más fácil, pardiéz!
Enrique, en la vehemencia

de su ardorosa pasión,
tuvo anoche la intención
de quitarse la existencia.
Mas al tiempo justamente
de ir á consumar el daño,
sintió que un vértigo extraño
le asaltaba de repente
y sobre el banco cayó
desplomado como un muerto...

FERN. (Interrumpiendo con vehemencia.)
¡Y ese infame de Roberto!...

BALT. ¡Que al poco rato llegó..
(Marcando las palabras.)
al ver la casualidad
favorable á su deseo!...
(Interrumpiendo también con rapidéz y con tono de convicción.)

FERN. ¡Basta! ¡No sigas, te creo!
¡Dices la pura verdad!
(Pausa y transición.)
¿Dónde está Luisa?

BALT. ¡Despacio!
(Con sonrisa flemática.)
Ese es ya otro tema.

FERN. ¿Qué?... (Admirado.)
No te comprendo.

BALT. ¡Veré
de explicarme!

FERN. (Con tono seco y amenazante.)
¡Sin espacio!

BALT. ¿A qué viene tanta prisa,
ni tono tan desabrido?
¿O es que estáis arrepentido
de haber maltratado á Luisa?

FERN. ¿Quieres, Baltasar, que estalle
de ansia y de dolor mi pecho?

BALT. ¡No tenéis ningún derecho!
¡La arrojásteis á la calle!

FERN. ¡Yo haré lo que ella me indique!
¡Ella es el árbitro aquí!

BALT. ¡Es que yo la recogí...
para entregársela á Enrique!...

FERN. ¡Eso, jamás!
BALT. ¡No sé quién
remedia lo irremediable!
FERN. ¡Yo... si consientes que la hable!
BALT. Al momento.
(Se dirige al foro y llama á la izquierda.)
¡Luisa! (Aparece ésta.) Ven.
(Tomándola de la mano.)

ESCENA V

DICHOS y LUISA

BALT. Aquí tienes, hija mía,
á tu padre y bienhechor,
que confesando su error
lograr tu perdón ansía.
LUISA. ¿Mi perdón? ¡El suyo espero
para volar á sus brazos!
(Fernando abre los suyos y Luisa se precipita en ellos.)
FERN. ¡Ah, Luisa, con estos lazos
ya felíz me considero!
BALT. (A Fernando con sonrisa burlona.)
¡Ved el contraste! ¡Observad
si hay nada más expresivo!
¡Vos anoche tan altivo...
y ella hoy con tanta humildad!...
¡Alguien dijo, y con razón,
que es superior la mujer
al hombre!
FERN. ¡No! ¡Eso es hacer
la regla de la excepción!
(Por Luisa, volviéndola á estrechar contra su pecho.)
¡Asombra cómo he podido
dudar de tí ni un momento!
LUISA. ¡Ese es mi mayor tormento!
FERN. ¿Me prometes el olvido?
LUISA. ¡Al menos ocultaré
(Llevándose la mano al corazón.)
la herida qué está sangrando!

FERN. ¡Vuelve conmigo volando,
que yo curarla sabré!
BALT. ¡Hay un remedio eficáz
(Con intención y marcando.)
que la cura prontamente!
FERN. ¿Cuál?
BALT. Enrique. (Sonriendo.)
FERN. (Con tono de contrariedad.)
¡Dios clemente!
BALT. ¡Se hace un esfuerzo... y en paz!
FERN. ¡Yo voy á perder el juicio!
¿Qué me exigís? ¿Que me venza?
¿Que pase por la vergüenza
de tamaño sacrificio?
¿Que pierda yo en un segundo
honor, dignidad?... ¿Que al fin
abrace Abel á Caín,
aunque se le ria el mundo? (Pausa brevísima.)
BALT. ¡Muy bien hecho! Así me gusta.
(Con tono sarcástico.)
¡El carácter sobre todo!
¡que ho haya forma ni modo
de amansar la fiera adusta!
FERN. ¿Reclamas su posesión?
¡Te equivocas, pues en ella (Por Luisa.)
ha de hacer muy poca mella
tu insensata pretensión!
BALT. ¡Os reclamo, hombre sin fé, (Con energía.)
tan ciego y desmemoriado,
el depósito sagrado
que en mal hora os confié!
FERN. ¡El hábito de rezar
tu genio no disimula,
pues bajo tu piel circula
la sangre de un militar!
BALT. Que ha cumplido su deber
en los campos de batalla,
y aquí dispuesto se halla
á no dejarse vencer!
FERN. ¡Tu resolución conteste!
¡Sígueme, Luisa!
BALT. ¡Esperad! (Señalando al foro.)

GREG. (Al foro de la derecha.)
¡Señor Magistrado, entrad!
(Aparece el Magistrado detrás de Gregorio.)
¿Pero qué alboroto es este?
(Con tono enfático y de autoridad al entrar. Pausa.)

ESCENA VI

DICHOS, GREGORIO y el MAGISTRADO, en traje usual y civil y con bastón de borlas.

BALT. ¿Qué busca en esta mansión
la justicia?
GREG. ¡Tu prisión!
BALT. ¿Mi prisión?... (Manifestando extrañeza.)
MAG. ¡De orden del Rey!
BALT. ¿De qué me acusa la ley?
GREG. ¡De una falsa delación!
BALT. ¡A solas es conveniente
que hable al señor Magistrado!
¿Me otorgáis benignamente (Al Magistrado.)
un favor tan señalado?
MAG. No hay ningún inconveniente.
(Baltasar se retira acompañado del Magistrado por la galería izquierda del segundo término.)

ESCENA VII

LUISA, FERNANDO y GREGORIO

GREG. ¿A solas le quiere hablar?
Como si le hablase á un muerto.
¡Buen chasco se va á llevar!
¡Es amigo de Roberto
y no se deja embaucar!
((Se oye un trueno lejano.)
¿Cómo tú tan de mañana
(A Fernando con tono familiar.)
por esta gruta, querido?
¡Bah! la respuesta es muy llana.

De seguro que has venido...

FERN. (Imitando el tono y marcando.)
¡Porque así me dió la gana!

GREG. ¡Muy bien: imitar no quiero
tu clásica cortesía;
mas que me digas espero (En actitud grave.)
si crédito todavía
das contra mi hijo al santero!

FERN. (Furioso y yendo hacia Gregorio.)
¡Calla, miserable, calla,
no me pruebes la paciencia,
porque mi furor estalla!

GREG. ¡Es que mi hijo!...

FERN. ¡Es un canalla!
¡Y tú un padre sin conciencia!

GREG. ¿Pero has podido creer,
por aberración mental,
que Roberto pueda ser?...
¡Cuando tenga en mi poder (Con entonación.)
el fallo del tribunal!..

FERN. ¡Si lo declara inocente
será muy torpe ó muy ciego
ese tribunal!

GREG. (Encogiéndose de hombros.)
Corriente.

FERN. ¡Yo veo más claramente!
Soy mejor juez!

GREG. (Con gesto irónico.) Desde luego.
Sólo te falta, cuñado,
para coronar la fiesta, (Marcando.)
que Enrique y Luisa...

LUISA. (Con altivéz y brío.) ¡Cuidado!
(Aparecen en el foro el Magistrado y Baltasar.)

MAG. (A Baltasar, desde el foro.)
¡Su apoyo os da el Magistrado,
y á secundaros se presta!

ESCENA VIII

DICHOS, BALTASAR y el MAGISTRADO, que se queda próximo al foro.

GREG. ¿Cómo? (Sorprendido al oir al Magistrado.)
FERN. Tened la bondad.
(Al Magistrado; éste se aproxima un poco.)
¿No hay derecho en la adopción
á la patria potestad?
MAG. ¡Hasta la mayor edad!
FERN. ¿Lo escuchas?
(A Baltasar, con aire de triunfo.)
BALT. (Con profunda amargura.)
¡Sí, con baldón!
¡Conociendo en mi sentir
que así al destino le plugo!
(Abre rápidamente la puerta de la izquierda y exclama con brío.)
¡Enrique, puedes salir!
(Sale Enrique y se queda próximo á la puerta.)
GREG. ¡El! (Con sonrisa irónica al ver á Enrique.)
FERN. ¡Gran Dios!
(Con dsegusto por el mismo motivo.)
BALT. ¡Me van á oir
la víctima y el verdugo!
(Señalando á Fernando y Luisa. Pausa breve.)

ESCENA IX

DICHOS y ENRIQUE

FERN. (Con tono de ironía y fastidio.)
¿Se te ha ocurrido, quizá,
algún sermón?
BALT. ¡Ojalá!
FERN. ¿Alguna historia?...
BALT. ¡Una historia (Marcando.)
que os traeré á la memoria,
por si lo olvidásteis ya!

(Aproximándose á Luisa y abrazándola un momento.)

¡Y tú, infelíz, alma pura
que para sufrir nació,
oye la triste pintura
de aquella noble figura
que en sueños te visitó!

(Las figuras se colocarán en la siguiente disposición: Baltasar en medio, Luisa y Gregorio á su derecha, y éste un poco separado de Luisa. A la izquierda, Fernando, el Magistrado y Enrique.)

Erase el romper de un día
desapacible y nublado;
inquieto el Golfo rugía,
y yo en mi lecho dormía
como un bienaventurado.
De repente... oigo caer
el aldabón de la puerta,
me levanto, echo á correr,
llego al fin, la dejo abierta
y penetra una mujer.
¡Joven, de aspecto abatido,
de beldad lánguida y mustia,
cuerpo aprisa envejecido;
la miseria en el vestido
y en el semblante la angustia!
Avanza pausadamente,
grave, encorvada, doliente,
y con el brazo derecho
le da en su amoroso pecho
abrigo á un sér inocente.
¡No ví nada más cruel!
¡Nada tan mísero y pobre!
¡Aquí está su imagen fiel,

(Llevándose la mano á la frente.)

como esos bustos que en cobre
suele estampar un troquel!
Con dulce y piadoso acento
mi hospitalidad reclama,
yo se la otorgo al momento:
se instala en ese aposento
y al poco rato me llama.

«Vengo—me dice al entrar,—
»de cuerpo y alma deshecha
»á esta gruta, Baltasar,
»donde poderos hablar
»para morir satisfecha.
»Llego hasta vos, con la fé
»del náufrago que se lanza
»derecho al faro que ve,
»y abrigo la confianza
»de que no me equivoqué.
»¿Quién sea yo? Preguntad
»á la corrompida corte
»y ella os dirá la verdad.
»¿Mi historia? Nada os importe.
»¿Mi situación? Escuchad:
»Un noble napolitano,
»que cuenta al cielo ya dió
»de su proceder villano,
»con promesa de su mano
»me sedujo y engañó.
»Mas antes de perecer
»Dios le tocó en la conciencia,
»y pudo reconocer
»como hijo suyo á este sér,
»que le debe la existencia.
»En un pliego escrito había
»la verdad punto por punto,
»y aunque á mí se dirigía,
»yo entregárselo debía
»á un hermano del difunto.
(Movimiento de curiosidad y sorpresa en Gregorio.)
»Así lo hice, y ¡ojalá
»que hoy deshacerlo pudiera,
»que el sér que conmigo va,
»menos desdichado fuera
»y yo más feliz quizá!
»Aquel hombre altivo y ciego
»tomó de mi mano el pliego,
»lo leyó convulsamente,
»después se nubló su frente
»y arrojó el papel al fuego.
(Aumenta la confusión en Gregorio.)

»¡Y en el acto el miserable
»de su presencia me lanza
»con sarcasmo abominable,
»quitándome la esperanza
»de un arreglo favorable!
»¡Ved lo que ese hombre incapáz
»aquí sin firma responde
»á mi ruego pertináz,
»como el ladrón que se esconde
»en vergonzoso disfráz!»
Dice, me entrega un papel
y un golpe de seca tos,
le asalta horrible y cruel,
mientras yo en el trance aquel
la iba encomendando á Dios.
¡Qué escena, Virgen María,
tan desgarradora y fiera!
¡Oh! qué mañana! ¡Qué día!...
¡Aquí dentro la agonía;
la tempestad allá fuera! (Transición.)
Poco á poco se apagaba
aquel débil corazón,
y á la par que agonizaba,
un ángel recomendaba
á mi celo y protección.
Depósito tan sagrado
juro ligar á mi suerte,
y tomo el triste legado
de aquel seno casi helado
por el soplo de la muerte.
¡De pronto, en su intensidad,
aparece el estertor,
sigue la inmovilidad,
un silencio aterrador
y luégo la eternidad!...
¡Su cabeza se desploma,
su alma al fin tiende su vuelo...
semejante á la paloma
que partiendo de una loma
sube á perderse en el cielo!
(Luisa rompe en un sollozo y se arroja en brazos de Baltasar. Pausa y transición. A Fernando con

acento intencionado y marcando las palabras.)
¿Os tendré que recordar
lo que aconteció después?

FERN. ¡No lo olvido, Baltasar! (Conmovido.)

BALT. ¡Me ayudásteis á enterrar!...

FERN. ¡La pobre mártir!

BALT. ¡Eso es!
¡Y además, con fe sincera
y hablando porfiadamente,
de instituirla heredera,
me rogásteis que os cediera
aquella niña inocente!
¡No para ser un tirano,
sino para darle apoyo
con bizarra y noble mano!
¡Para ser un padre humano
y no lanzarla al arroyo!

LUISA. (Con ansiedad y como volviendo de un éxtasis.)
(¡Dios mío!)

FERN. ¡Calla! ¡Suspende
esa elocuencia impetuosa
que me anonada y ofende,
pues ya en mi pecho se enciende
una llama generosa!
(Dirigiéndose á Enrique.)
¡Enrique, de mi odio ciego,
voy á arrancar desde luego
su más profunda raíz! (Se aproxima á Luisa.)
Luisa, ven. (La toma de una mano.)
¡Ahí te la entrego
y que Dios te haga felíz!
(Echándola en brazos de Enrique. Pausa. Luisa se desprende de los brazos de Enrique y vuela á los de Fernando.)

LUISA. ¡Oh, mi padre y bienhechor!

ENR. (Se aproxima también é intenta arrodillarse á los piés de Fernando.)
¡Dejad que en mi gratitud
cáiga á vuestros piés!

FERN. ¡Mejor (Impidiéndolo.)
en mis brazos!
(Quedan abrazados á Fernando, Luisa y Enrique.)

BALT. ¡Pues señor,
siempre triunfa la virtud!
(Con entusiasmo, frotándose las manos. Pausa breve. Aparece por el foro de la derecha Roberto y hace un movimiento de sorpresa al ver el grupo que forman Fernando, Luisa y Enrique.)

ESCENA X

DICHOS y ROBERTO

ROB. (Cruzando los brazos y con entonación irónica.)
¡Muy bien! ¡Cuadro sorprendente!
ENR. ¡Roberto!
(Al ver á Roberto, con sorpresa y disgusto.)
ROB. (A Fernando, con sonrisa burlona.)
¿Qué significa?
FERN. ¿Habrá mayor insolente? (Con indignación.)
BALT. ¡No le hagáis caso! (A Fernando.)
¡Se explica (A Roberto.)
de la manera siguiente!
(Roberto rehuye la mirada de Baltasar y se coloca próximo al Magistrado.)
¡Ojalá que este papel
(Sacando del bolsillo una amarillenta hoja de papel y entregándosela al Magistrado; ésta la examina y Roberto también á hurtadillas por detrás del Magistrado.)
diese explicación tan fiel
del verdugo de una madre!
ROB. (Fijándose, reconociéndola y con naturalidad, señalando á Gregorio.)
¿Esta letra?... ¡De mi padre!
GREG. ¡Maldición! (Furioso y descompuesto.)
FERN. (Sorprendido, yendo hacia el Magistrado y tomando de sus manos el papel.)
¡Dios de Israel!
¡La reconozco! ¡Es verdad!
(Examinándola con ansiedad. Encarándose con Gregorio y con tono de ira reconcentrada. El Ma-

gistrado se aproxima al foro de la derecha y llama con la mano á los Soldados.)

¿Con que has sido y eres tú
el mónstruo de crueldad?...

GREG. (Interrumpiendo de mal talante y aproximándose al foro.)

¡Déjame, por Belcebú!
¡Vamos, Roberto!

MAG. ¡Esperad!

(Cerrándole el paso.)

¡A ver! ¡Soldados!

(Con voz de mando. Aparece un golpe de Soldados de infantería napolitana y cierra inmediatamente el foro.)

¡Este hombre,
á Nápoles prisionero!

(Señalando á Gregorio; dos Soldados se aproximan á él.)

GREG. ¿Y mi nobleza y mi nombre? (Como aturdido.)

MAG. Pues por eso, y no os asombre,
debo ser más justiciero.

GREG. ¡Hay prescripción criminal!

MAG. Os engaña la malicia.

GREG. ¡Soy alcalde! (Subiendo el tono.)

MAG. Me es igual.

BALT. (¡Ya prenden á la justicia!

(Con júbilo y entusiasmo.)

¡Este es mi bello ideal!)

GREG. ¡De atropello tan cobarde
daré mis quejas al Rey!

(Al partir y con gran ira.)

MAG. ¡No olvidéis en vuestro alarde,
que está más alta la ley
mientras haya quien la guarde!

(Se va Gregorio por la izquierda seguido de los Soldados.)

FERN. (Aproximándose al foro como hablando con Gregorio.)

¡Corre á ocultar, hombre impío,
entre prisiones y rejas
tu espantoso desvarío!

ROB. (Al Magistrado, con tono de reconvención.)

¿Qué crimen?

FERN. (Contestando por el Magistrado y con gran enojo.)
¡Corre parejas
con el tuyo!

ROB. (Encogiéndose de hombros y con sonrisa burlona.)
¿Con el mío?

ESCENA XI

DICHOS, menos GREGORIO

FERN. ¡Ya es inútil la ficción!
¡No disimules, Roberto,
pues al fin se ha descubierto
tu abominable traición!

ROB. (Con ironía y marcando las palabras.)
¿Osaría el Magistrado,
que aquí se encuentra presente,
perdonar al delincuente
(Señalando á Enrique.)
y prender al calumniado?

MAG. ¡Dios me libre de caer
en error tan lamentable!...
(Transición. Aproximándose á Roberto y poniéndole la mano sobre el hombro.)
¡Daos preso!

ROB. (Con ira reconcentrada.)
¿Yo culpable?
¡Pruebas... pruebas! ¡Pronto, á ver!

BALT. ¿Qué prueba quiere más clara
de su perfidia el traidor,
si hasta le falta el valor
para mirarme á la cara?

ROB. (Encarándose con Baltasar y con creciente furia.)
¡Te equivocas, hombre aleve,
hipócrita fementido!...
¡Pruebas! ¡La prueba te pido!

BALT. ¡La tendréis en plazo breve!
¡Y va á ser tan singular
y al mismo tiempo tan llana,
que me basta una campana

para haceros confesar!

ROB. ¡Mientes! ¡Mientes! (Con mayor ira.)

MAG. (Con autoridad á Baltasar.)

Proseguid.

(Roberto se coloca á la derecha.)

BALT. ¡Se trata de una experiencia
muy sencilla!... (¡Si hay conciencia
no se escapa del ardid!)
(Pasa Baltasar y se coloca en el centro de la escena.)
Existe en el torreón (Marcando las palabras.)
de esta milagrosa ermita,
una campana bendita,
que según la tradición
desde tiempo inmemorial,
resuena exclusivamente
cuando tira un delincuente
de su lengua de metal.
(Se aproxima á la hornacina, toma la cadena con una mano y le dice á Roberto mostrándosela.)
¡Aquí tenéis la cadena
y allí el juez dispuesto se halla!
(Señalando al cielo.)
¡Si sois inocente, calla!
¡Si sois el culpable, suena!
(Se aparta de la hornacina.)

ROB. ¡Es prodigiosa en verdad
(Marcando las palabras con sonrisa burlona.)
la tal campana!

BALT. (¿Sonríe? (Desconcertado.)
(¡Malo!) (Se oye un trueno lejano.)

ROB. ¡Bah! ¡Que Dios me envíe
(Sonriendo siempre.)
de esa misma tempestad
un rayo exterminador
que me mate en un segundo,
si en la redondéz del mundo
(Señalando á Baltasar.)
hay un farsante mayor!

BALT. (Encogiéndose de hombros y con desprecio.)
¡No me pico! Os lo concedo.
¡La invitación se renueva!

(Señalando de nuevo la cadena.)
¿Os sometéis á la prueba?

ROB. ¡Déjame en paz! (Con sequedad y desdén.)

BALT. (Con sonrisa de triunfo al Magistrado.)
¡Tiene miedo!

ROB. ¡Lo que tengo es mucha calma
cuando aún te sufro y aguanto!
(Se oye otro trueno; pero éste un poco más cercano. El Coro canta dentro, y á conveniente distancia, la primera estrofa del Rosario del acto esgundo.)

BALT. ¡Ah! ¿conocéis ese canto?
¡Os debe ir derecho al alma!

ROB. (Algo confuso y tomando con fuerza por un brazo á Baltasar.)
¿Quién eres, viejo procáz?
¿Quién te pone en mi camino?

BALT. ¡Soy la mano del destino (Con energía.)
que os arranca el antifáz!

ROB. ¿Desciende el poder togado
(Al Magistrado con ira reconcentrada.)
al oficio de comparsa?
¿Esta ridícula farsa
autoriza un Magistrado?

MAG. ¡Vuestro insulto y grosería
no inspiran más que desdén!
¡La campana! (Señalando la cadena.)

ROB. ¿Vos también
(Con asombro irónico.)
creyendo en tal brujería?

BALT. Retirémonos al fondo.
A solas quedarse debe.
¡Y que toque si se atreve!
No tocará, yo respondo.
(El Magistrado, Fernando, Enrique y Luisa, obedecen á la indicación de Baltasar y se replegan á la izquierda del foro: éste se queda próximo al retablo, expiando la actitud de Roberto. Pausa breve.)

ROB. (Lleno de confusión.)
(¡Soy un vil, un miserable!)

BALT. (A Roberto, aproximándose un poco, con voz reconcentrada y marcando el concepto.)

¿Pero qué tiene el delito
que parece que va escrito
en la cara del culpable?

ROB. Impongo una condición. (*Con altivéz.*)
¡Que habéis de tocar tras mí
todos los que estáis aquí
sosteniendo esta ficción!

BALT. (¡Oh! ¿Qué hacer?) (*Desconcertado y vacilante.*)
(*Con resolución.*) Queda admitida.

ROB. Pues que sea enhorabuena.
(*Aproximándose rápidamente á la hornacina y asiendo la cadena. Luisa, Fernando, Enrique y el Magistrado se ocultan en la galería izquierda.*)
¿Lo ves? ¡Ya está la cadena
entre mis manos asida!
(*Con sonrisa de mofa y marcando las palabras.*)
¿Por tan necio me tendrás
que no haya dado en el quid?

BALT. ¡Bien, bien! ¡Pues tocad!
(*Señalando la cadena con aire de reto.*)

ROB. ¡Tu ardid
es para el vulgo no más!
¡Si ese Juez que arriba espera
vibra á mi mano obediente,
ha de sonar igualmente
á la mano de cualquiera!

BALT. ¡Hay un cielo!

ROB. ¿Te hace falta
que blasfeme? (*Con delirante exaltación.*)

BALT. (*Horrorizado.*) ¡Calla, impío!

ROB. ¡De los milagros me río
(*En el colmo del furor.*)
y hasta de cosa más alta!

BALT. (*Con irritante desprecio.*)
¿Qué sér comparable á vos?...

ROB. (*Asiendo nuevamente la cadena, mirando al cielo y en actitud de tocar.*)
¡Oh, la campana!

BALT. ¡Os advierto
(*Marcando las palabras y con acento profético y solemne.*)
que puede tocar á muerto!

ROB. ¿Sí? ¡Pues que toque!
(Con resolución, tirando cinco ó seis veces de la cadena, convulsiva y atropelladamente. Se oyen encima de la gruta otras tantas campanadas de un timbre sonoro, pero no muy agudo. De pronto se apagan los faroles del retablo y queda iluminada la parte superior de la hornacina con un resplandor vivo, intenso y rápido que circula también por la cadena. Roberto cae como desplomado, pronunciando al caer este grito desgarrador: ¡*Gran Dios*! Retumba un trueno seco y formidable, y Baltasar queda como aturdido junto al retablo con las manos en los ojos.)

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS, FERNANDO, ENRIQUE, LUISA, el MAGISTRADO y cuatro Soldados con antorchas.

BALT. (Después del trueno y con acento de angustia.)
¡Luces! ¡Socorro! ¡Volad!
FERN. ¿Qué pasa? (Saliendo el primero.)
BALT. ¡El cielo me asista!
¡Milagro ó casualidad,
un rayo estalló á mi vista!
(Aparecen dos Soldados al foro con las antorchas.)
MAG. ¿Y Roberto?
BALT. (Tomando una antorcha de manos de un Soldado, aproximándose á la hornacina y señalando á Roberto.)
¡Aquí! ¡Mirad!
(Movimiento general de sorpresa y horror.)
¡Su inmundo labio escupió
(Señalando á Roberto.)
una blasfemia espantosa!
¡De la cadena tiró,
y por ella descendió
una sierpe luminosa!
FERN. ¡Oh, castigo celestial!
MAG. (Poniendo á Roberto la mano sobre el corazón.)
¡Su corazón de latir

ha cesado!

BALT. Es natural.

(En un arranque vigoroso.)

¡Lo tenía de metal
y se le debió fundir!

(Transición. Trémolo en la orquesta.)

¡Dios pronunció su sentencia!

(Con solemnidad y marcando las palabras.)

¡Fué el rayo su ejecutor!
¿Qué brilla aquí? ¡La inocencia!

(Señalando á Enrique y Luisa,)

¡Bendita tú, Providencia

(Dirigiéndose al Cristo y cayendo de rodillas.)

eternamente, Señor!

(Fernando, Enrique, Luisa y el Magistrado, se postran también con silencioso fervor.)

FIN DEL DRAMA

NOTAS

Las decoraciones de esta obra han sido construídas por el reputado pintor escenógrafo señor Arambol.

El aparato eléctrico fué ideado por D. Cecilio Caravaca, de la *Sociedad matritense de Electricidad.*

El tenor Sr. Rihuet, se encargó á la octava representación de la parte de Enrique, mereciendo por su conducta el reconocimiento de los autores de La Campana Milagrosa.

PUNTOS DE VENTA

En casa de los corresponsales y principales librerías de España y Extranjero.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.